Amy le Feuvre

Hijos Pródigos

ES PROPIEDAD

Imp. de B. Izaguirre.—Churruca, 17, Madrid.

HIJOS PRODIGOS

POR AMY LE FEUVRE

Autora de El niño del botón
y Las buenas nuevas de Enrique

«UN NIÑO LOS PASTOREARÁ»

SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS
FLOR ALTA, 2 Y 4.—MADRID

CAPÍTULO I

UN LEGADO POCO AGRADECIDO

—¿Chiquillos? Son una plaga para todo el mundo; lo que más me fastidia, como ya sabes, Jaime. ¿Por qué no habrá manera de tenerlos lejos de nosotros hasta que lleguen a una edad razonable? ¡Y para que la cosa sea peor, se trata de una niña!

El tono de disgusto con que pronunció estas últimas palabras el conde Wentworth, hizo soltar la carcajada a su compañero que, quitándose el cigarro de la boca y mirando a su perplejo y enfadado amigo, le dijo:

—Amigo mío, todavía no tiene la chiquilla edad para ocasionar a usted grandes molestias. Espere a que sea mayor. Cuando termine su educación, y tome posesión de usted y de su casa, habrá llegado la hora de compadecerle a usted.

—Escuche usted, conde—dijo un animoso joven, sentado al otro lado de la sala,— yo le daré un consejo. Mande usted la niña di-

rectamente a un colegio de internas. ¿Ha llegado hoy? Muy bien. Mañana mismo la empaqueta usted para el colegio, y la tiene usted allí todo el tiempo necesario. Después yo iré a visitarla, y si no es mal parecida, yo le haré a usted el favor de quitársela de las manos. Tendrá una bonita fortuna, según ha dicho usted, y si se agrega algo que usted le dé, en prueba de gratitud a mí por descargarle de toda responsabilidad acerca de ella, aseguro que no le haré mal.

Pero el conde no estaba de humor para bromas; echó una mirada a los amigos que se habían reunido con él en la salita de fumar, después de un día de caza, y dijo:

—Ya sé lo que me espera. Lo he visto en casa de mi hermana, y he oído algo de sus trabajos y molestias. ¡Qué tranquilo me quedé cuando se fué con su familia a Australia, poniendo el mar por medio! Primero las amas, que se escapan con los camareros, hacen el amor a los guardas y traen a la casa toda clase de amigos, algunos de los cuales suelen llevarse la vajilla de plata. Después las institutrices, que curiosean con todas las visitas, y que, en mi caso, pondrán en mí su afecto, tomando en sus manos las riendas de la casa. Si se la envía al colegio, una pila de correspondencia acerca de la salud y de la educación de la niña; y además, vendrán aquí to-

das las señoras de la vecindad para hacer de madres y decirme cómo debo educarla. Mala perspectiva se me presenta, y no quisiera ver a ninguno de ustedes en mi lugar.

—¿Qué te pasa, Eduardo?—preguntó un recién llegado, que al abrir la puerta vió la divertida expresión de los que rodeaban al caballero, todos los cuales parecían encontrar vivo regocijo en la perplejidad de su amigo.

—Ha recibido hoy un legado; eso es todo—respondió uno de los contertulios;—le han enviado de lejanas tierras una sobrina con su correspondiente ama.

—Vamos, conde, cuente usted otra vez lo ocurrido, para conocimiento de su primo.

El conde, hombre de aspecto grave y distraído, con bigote gris y mirada penetrante, levantó la cabeza desanimadamente y repitió despacio y recalcando las palabras:

—Una hermana mía, viuda, murió el año pasado, dejando encomendada su única hija a una antigua amiga suya, la cual, estando a punto de casarse ahora, se ha desentendido de la niña, enviándome tranquilamente la siguiente carta:

«Muy señor mío:

Recordará usted seguramente que el gran deseo de su hermana cuando se hallaba en su lecho de muerte, era que usted recibiera a su

hijita y la tuviera bajo su cuidado, ya que usted es su natural protector y pariente más cercano. Habiéndome usted comunicado que no se encontraba por entonces en condiciones de asumir tal responsabilidad, me ofrecí a encargarme de la niña provisionalmente hasta que usted hiciera los arreglos necesarios para poder recibirla. He esperado por algún tiempo carta de usted, pero como he prometido a mi futuro esposo fijar el día de nuestra boda para primeros del mes que viene, he pensado que lo mejor sería enviar a usted la niña con el ama, sin más demora. Ella llegará un día después que la presente. Ruego a usted me dirija unas líneas anunciándome su feliz arribo.

Su afectísima segura servidora,

ANA KENT.»

¿Qué te parece, Lovell?... Efectivamente, esta tarde, mientras estábamos fuera, apareció la niña con su ama, y en casa están a la hora presente. ¿No te parece que es un caso difícil para un solterón empedernido como yo?

—Sí que lo es—contestó el otro cordialmente;—pero tiene fácil remedio, Eduardo. Cásate, y tu mujer te relevará de toda esta responsabilidad.

La respuesta provocó una carcajada general, que se interrumpió a lo mejor, porque en

esto se abrió la puerta y apareció en el umbral la persona que era objeto de toda aquella conversación, una figurita frágil, de larga cabellera color castaño y ojos castaños también, que miraban hacia adelante con mirada tranquila y escrutadora. Vestida de blanco, con las manos cruzadas, se quedó parada un momento, al cabo del cual dijo:

—¿Dónde está mi tío Eduardo?

—Aquí estoy—contestó el conde, mirando primero a sus amigos y después a su sobrinita.

La niña se dirigió a él con perfecta compostura, y alargó una mano a su tío, sujetándolo al mismo tiempo a un severo escrutinio de sus ojos obscuros. Había silencio completo; los compañeros del conde observaban la escena con interior regocijo, que se hacía más vivo por el aturdimiento de su amigo.

—Bueno—dijo éste al fin,—creo que ya me has mirado bastante, ¿no te parece? ¿Dónde está tu ama? ¿No es hora ya de que te acuestes? Este no es sitio para las niñas.

—Yo pensé que me daría usted un beso—dijo la pequeña, con labios temblorosos y ruborizándose, al par que echaba una mirada alrededor, en la esperanza de encontrar alguna cara que le demostrara simpatía.

Pero el conde no se sentía inclinado a besarla; le pasó la mano por la rizada cabellera, como pudiera haberlo hecho a su perro, y le dijo:

—¡Vaya! ¡Vaya! Ya que te has presentado, puedes echar a correr. ¿Cómo te llamas? Emilia, ¿no es eso?

—Me llamo Milly. ¿Y son todos estos caballeros tíos míos también?

El tono de dudosa interrogación hizo soltar la carcajada a todos los amigos.

La pequeña se ruborizó, y entonces un caballero anciano se acercó a la niña.

—Vamos, Wentworth; esto es una prueba muy dura para una criatura tan chica. Yo tengo nietos, y no estoy tan azorado como usted. Vamos, niña, ¿no te gusta esto?

Y en un instante cogió a la niña en brazos y se sentó con ella al lado de la chimenea.

Milly suspiró.

--Esto me gusta—dijo, mirándole confiadamente.—¿Quiere el tío Eduardo que me vaya a la cama? El ama dijo que no era hora todavía. El ama quería cenar, y me mandó aquí mientras ella cenaba.

—El reinado del ama ha comenzado—dijo el conde.— Ustedes encontrarán todo esto muy divertido; pero si no impongo mi autoridad desde el principio, estoy perdido. Lovell, hazme el favor de tocar ese timbre.

Cuando apareció el viejo ayuda de cámara, el conde le dijo con voz severa:

—Ford, lleve usted esa niña a su ama, y dígale que no debe aparecer en mi presencia

sino cuando yo la llame. Ahora, Emilita, puedes marcharte.

La niña se deslizó de su asiento; pero, aunque estaba confundida por el tono airado de su tío, no parecía tener miedo ninguno, porque, dirigiéndose a él, puso su manita en la de él.

—¿Está usted enfadado, tío? ¿Qué quiere decir «presencia»? ¿Quiere usted decir: «Buenas noches; Dios te bendiga»?

¿Qué iba a decir el tío, cuando la pequeña le tenía cogida la mano?

—¡Buenas noches; buenas noches, niña! Ahora, vete.

—Diga usted: «¡Dios te bendiga!» —prosiguió la pequeña, y hasta que el tío no pronunció, aunque a regañadientes, las deseadas palabras, no le soltó la mano para seguir al ceremonioso ayuda de cámara.

CAPÍTULO II

DAVID Y GOLIAT

Don Eduardo Wentworth era, como decía él, «un solterón impenitente», y aunque durante los meses de otoño llenaba su casa de campo con amigos venidos de la capital, el resto del año prefería vivir en soledad, ocupándose en el cuidado de su hacienda y escribiendo artículos para las principales revistas literarias y científicas.

La llegada de su sobrina le trajo una carga penosa para él; pero era amigo de arreglar bien todos sus asuntos, y determinó tomar todas las medidas necesarias para asegurar el bienestar de la pequeña. Con este objeto tuvo al día siguiente una larga conversación con el ama, de la cual quedó satisfecho.

Era el ama una mujer sensata, de edad madura, que le aseguró estaba acostumbrada a encargarse por completo de la niña, a la cual mantendría bajo su constante cuidado.

—Supongo que usted querrá verla un rato todos los días al terminar la comida, ¿no es así señor conde?—preguntó.

Don Eduardo se retorció el bigote con aire de duda.

—¿Es necesario? Yo creía que los niños suelen estar acostados ya a esa hora.

—Se hará como usted guste, señor. Pero veo que usted no acostumbra a comer tan tarde como otros señores, y pensé que querría usted verla una vez al día.

Tras alguna vacilación, el conde consintió; y cuando vió que Emilia no chillaba, ni pedía fruta, ni monopolizaba la conversación, llegó a ver con gusto que la pequeña viniera a la mesa y se sentara en una silla alta a su lado.

Fuera de esta ocasión, apenas veía a su sobrinita durante todo el día cuando tenía amigos y convidados a pasar algún tiempo en su casa; pero después, cuando todos los huéspedes se fueron, y él reanudó su acostumbrado género de vida, se encontraba con ella a cada momento. A veces la encontraba en las caballerizas, abrazando al gato de la cuadra y sosteniendo una animada conversación con los mozos, o en la casa de las vacas, o echando de comer a los cerdos y a las gallinas. Generalmente iba acompañada de Canelo, un hermoso perro que había puesto en la niña todo el afecto que antes tuvo a su amo, y que, a pesar de tener un temperamento algo irritable para con otros, con la niña era constantemente cariñoso.

La llegada del tío bastaba para que ella se retirase; y generalmente, sin dar tiempo a que su tío la dirigiese la acostumbrada frase: «Anda, niña, vete con tu ama», ella salía, diciendo alegremente: «Ya me voy, tío, ya me voy»; y cuando el tío llegaba al lugar donde había estado, ya la pequeña corría a buena distancia, con Canelo detrás.

Una tarde volvía Don Eduardo de dar un paseo, cuando vió a la pequeña jugando entre los árboles, y se detuvo a observarla. Parecía muy ocupada con una muñeca envuelta en un felpudo de lana, a la cual depositaba cuidadosamente al pie de un arbol; después, Canelo y ella parecían jugar por un rato al escondite, hasta que ella lo empujó hacia un arbusto, mandándole que se estuviera allí quieto. De pronto, perro y niña se lanzaron el uno contra la otra, y entonces vió el conde, sorprendido, que su sobrinita cogía a Canelo por la garganta y lo echaba a tierra. Cuando ambos rodaban por el suelo, y los gruñidos del perro, que en vano trataba de escapar de las manitas que le sujetaban, empezaron a tomar un tono algo amenazador, el conde pensó que era hora de intervenir.

—Emilia—dijo con voz muy severa,—ven aquí ahora mismo; ¿qué estás haciendo?

Emilia se levantó de un salto, y, alzando su carita sonrojada hacia la de su tío, se plantó en la postura que solía tomar delante de él, con las manos a la espalda y los pies juntos.

—¿No sabes que Canelo te puede morder si lo tratas así? ¿Ibas a ahogarlo?—preguntó el tío.

—Sí—contestó ella sin aliento, a causa de los esfuerzos que había hecho.—¡Iba a matarlo! ¡Es un oso, y aquel es mi cordero, y yo soy David!

Los juegos de los niños eran un misterio para Don Eduardo, que miró a la pequeña con fruncido entrecejo.

Ella prosiguió:

—Ya ve usted; él tiene que hacer de los dos, de león y de oso, porque los dos vinieron a llevarse el cordero. El ama hizo de león el otro día, pero es demasiado grande; no puedo echarla a tierra, por mucho que me esfuerce.

—Pues a Canelo no quiero que lo eches a tierra de ese modo; podría hacerte daño—dijo el tío severamente.

Emilia pareció afligirse mucho; después, animándose, preguntó:

—Pero puedo matar a Goliat, ¿verdad? Ese es otro juego que yo he sacado. ¿Ve usted? Yo soy David, y aquel árbol viejo que está allí solo es Goliat. Ahora me está mirando. ¿No le ve usted los ojos? Allá arriba, en la rama más alta. ¡Cuando hace viento sacude la cabeza de una manera terrible! Es malo, muy

malo, y se figura que nadie puede derribarlo. ¿No se acuerda usted de la historia, tío?

El conde se iba ínteresando. Se apoyó en un árbol y sacó un cigarro.

—No, no la recuerdo en este momento.

—¿No recuerda usted? Era un hombre que se adelantaba muy orgulloso y gritaba: «¡Escoged un hombre que venga a pelear conmigo!» Ahora me lo está diciendo. Espera un poco a que me prepare.

Diciendo esto, echó a correr hacia donde estaba su muñeca, y volvió con una bolsita de tela, que abrió cuidadosamente, mostrando a la vista del tío, que no acababa de comprender aquello, cinco piedras redondas.

—Ya ve usted—prosiguió,—es lástima que no tenga una honda; pero Tomás, el mozo de cuadra, me ha dicho que me hará un tirador de goma, con el cual podré matar cualquier cosa. Pero es igual. Yo hago que tengo honda, ¿sabe usted? Ahora, quédese usted ahí, que yo voy a su encuentro. No le tengo ni pizca de miedo, aunque parece tan grande, porque David no tuvo miedo, ¿sabe usted? Dios le ayudaba. ¡Ahora, Goliat, ya estoy lista!

El conde observó, algo divertido, cómo marchaba Emilia a pasos iguales hasta llegar a unos veinte pasos del árbol y entonces se paraba.

—Ya oigo lo que dices, Goliat. Dices que vas a dar mi cuerpo para que me piquen y me coman las aves; pero no lo harás, porque yo vengo a matarte.

Y entonces con toda su fuerza, tiró al árbol, una tras otra, las cinco piedras, quedándose parada un momento cuando hubo acabado.

—Ya está muerto, tío—dijo tranquilamente volviendo adonde estaba el conde y mirándole con aquellos ojos tan sinceros,—muerto del todo; si tuviera una espada, jugaría a cortarle la cabeza. Supongo que no me dejará usted la espada que hay en la pared de la antesala, ¿verdad?

—Ciertamente que no—contestó D. Eduardo, y añadió:

—¿Y consisten todos tus juegos en hacer que matas gente?

—No; sólo mato al oso y al león y a Goliat, porque son tan malos y tan fuertes.

Después de una pausa, prosiguió:

—Este es un sitio muy hermoso para jugar, porque se puede jugar con los árboles. ¿Quiere usted que le cuente algunos juegos? ¿Ve usted aquel arbolito? Allí es donde yo me siento cuando juego al hijo pródigo; y cuando he estado sentada mucho tiempo, sintiéndome muy desgraciada y comiendo algunas de las nueces que hacen el papel de algarro-

bas, de pronto decido ir a la casa de mi padre. Tengo que andar mucho, pero al andar me voy poniendo cada vez más contenta, y al fin ando más de prisa hasta que veo a mi padre y corro hacia él. ¿Ve usted aquel árbol viejo que tiene las hojas encarnadas? Aquel es. Me voy corriendo hacia él, y digo: «Padre, he pecado; no soy digna de volver, pero siento mucho haberte dejado»; y entonces le abrazo y le beso, y me parece que él me abraza y me besa también. Así sucede en la historia, ¿sabe usted? Y entonces ya tengo preparado un pequeño festín, con galletas y dulces que me ha dado el ama, y estoy tan alegre de no ser ya hijo pródigo y no tener que comer algarrobas y estar con los puercos. ¿No le parece a usted, tío, que es un juego muy bonito?

—¿Y todos los juegos los sacas tú de la Biblia?—preguntó Don Eduardo.—Eso no me parece bien—añadió con aire de duda.

—¡Como me gusta tanto la Biblia!—contestó Emilia.—El ama me cuenta las historias muy a menudo, y sé muchas, muchas. Pero la que más me gusta es la del hijo pródigo. ¿No le gusta a usted?

Don Eduardo se llevó el cigarro a la boca, y siguió su camino sin contestar. Las palabras de su sobrina despertaban intranquilos sentimientos en su corazón. En años pasados él también había amado la Biblia. Había tomado parte activa en obras cristianas y había sufrido burlas de sus compañeros en la Universidad «por piadoso», como decían ellos. Pero llegó un tiempo en que su religón se enfrió; los deseos y ambiciones del mundo llenaron su alma; se fué gradualmente desviando del sendero recto, y cuando entró en posesión de sus heredades, se propuso gozar de la vida a su manera, sin preocuparse del pasado ni del porvenir. No dejó, sin embargo, la costumbre de ir al culto una vez cada Domingo, y cuando el pastor solicitaba su auxilio para alguna obra benéfica, contribuía sin tacañería.

Innecesario es decir que el conde no era feliz; tenía temporadas en que, no pudiendo soportar más tiempo sus propios pensamientos y la soledad de su casa, marchaba a la capital y vivía por algunas semanas una vida de sociedad, después de la cual volvía a enfrascarse con nuevos bríos en sus ocupaciones literarias y campestres.

CAPÍTULO III

EL PRIMER CASTIGO

Lenta, pero seguramente, iba Milly ganándose la buena voluntad de su tío. Su extrema docilidad y absoluta confianza, unidas a su peculiar manera de hablar y de conducirse, le llamaban poderosamente la atención. Se interesaba, observando la figurita infantil correr de acá para allá, y el oir en la casa aquellas sonoras carcajadas y aquella voz alegre, no eran ya molestia para él.

Un día le causó gran enojo un accidente que ocurrió con una pequeña estatua que tenía en el vestíbulo; Emilia fué la culpable. Se le había ido detrás una pelota, y pugnando por alcanzarla, ella y el perro dieron con la estatua en el suelo, donde se hizo mil pedazos. Al oir el estrépito Don Eduardo salió de su estudio, y perdiendo por completo la calma, se dirigió furioso hacia la niña, dando suelta a improperios que la pequeña no estaba acostumbrada a oir. Ella estuvo de pie delante de él, con los ojos aterrados y los labios temblorosos hasta que no pudo sufrirlo más;

y entonces echó a correr al jardín, donde se tiró sobre la hierba, ocultando su rostro y rompiendo en amargo llanto.

—¡Fué sin querer! ¡Fué sin querer!—sollozaba.—El tío Eduardo es un hombre furioso; no me quiere ni pizca. ¡Ojalá tuviera yo padre! ¡Yo quiero un padre como el del hijo pródigo; él no se enfadaría tanto!

Cuando el ama vino al cabo de un rato para llevarse de allí a la pequeña, no tuvo corazón para reprenderla, porque la niña le dijo con rostro lloroso:

—Amita, tómame en brazos. Nadie me quiere aquí. Ya se lo he dicho a Dios. El es el único que no se enfada.

Aquella noche, a la hora acostumbrada, Emilia se deslizó silenciosamente en el comedor, pensando si su tío seguiría enojado con ella.

Cuando se subió a su silla, colocada en el extremo opuesto de la mesa, miró a su tío con aire de duda; después, recobrando valor, en vista de la expresión inmóvil de su rostro, le dijo con el tono más alegre posible:

—Hace una noche hermosa, tío.

—¿De veras?—respondió el conde, que estaba ya acostumbrado a oir tales observaciones de su sobrina cuando ésta quería llamarle la atención. Después, sintiéndose realmente avergonzado de su violenta actitud de pocas horas antes, dijo:

—Mira, Emilita, esta tarde me enfadaste mucho con tu travesura. Aquella estatua no puede sustituirse con nada, y has destruído uno de los objetos más valiosos de la casa. Que te sirva de escarmiento para lo sucesivo. Si rompes algo otra vez, habré de castigarte muy severamente ¿entiendes?

—Sí, tío—contestó ella, mirándole seriamente.—Que me castigará usted *muy* severamente. No me olvidaré. He estado pensando cómo la rompí, porque no quise romperla. El ama dice que fué «un accidente desgraciado». Yo le pregunté qué era eso de «accidente», y ella me dijo que era una cosa que pasa cuando no lo esperas, una sorpresa. Lo que es para mí fué una sorpresa terrible, y para Canelo también; pero no volveré a jugar a la pelota en el vestíbulo, ¡jamás!

Una semana después estaba Don Eduardo en su estudio, absorto entre sus libros y papeles, cuando oyó llamar a la puerta y, con gran asombro suyo, vió entrar a su sobrinita. Esto era tan contrario a todas las reglas y costumbres, que le preguntó muy seriamente:

—¿Qué quiere decir esta intrusión, Emilita? ¿No sabes que no debes venir a molestarme cuando estoy aquí?

Emilia no contestó por un momento; se fué hacia su tío y plantándose delante de él, con las manos a la espalda, dijo:

—Vengo a dar a usted una terrible noticia.

El conde dejó a un lado sus papeles, se calo los lentes, y comprendió, por la palidez de la niña y la expresión atemorizada de su cara, que no debía ser cosa baladí la que la había hecho introducirse en su presencia.

—Otra sorpresa terrible—continuó diciendo Emilia—y he dicho al ama que tenía que decírselo a usted al momento. Me sentía muy mal aquí—añadió poniéndose la mano en el pecho.

—Bueno, ¿qué es ello? Dilo ya, niña, que estamos perdiendo el tiempo—dijo su tío impaciente.

—Que he roto otra cosa.

Hubo un momento de silencio. Después el conde preguntó secamente:

—Y ¿qué ha sido esta vez?

—Una maceta que el chico del jardinero dejó fuera del cobertizo de las herramientas. Yo... yo... se la puse a Canelo como si fuera un sombrero, ¿sabe usted? ¡Estaba tan gracioso! Pero sacudió la cabeza, echó a correr, y allá fué la maceta haciéndose pedazos. He recogido los pedazos. ¿Quiere usted verlos?

Don Eduardo casi se sonrió al ver lo afligida que la niña estaba por la maceta.

—Bueno, bueno; eso es para que aprendas a no tocar las macetas; ahora, vete a jugar y no me interrumpas otra vez.

Pero Milly se quedó parada.

—Me parece que se ha olvidado usted, tío Eduardo. Usted me dijo que si rompía alguna cosa, me castigaría «*muy* severamente»; así lo dijo usted; ¿no se acuerda?

Don Eduardo se retorció el bigote y se movió inquieto en su silla. Siempre se había preciado de ser hombre cumplidor de su palabra, pero en esta ocasión lamentaba haber sido tan precipitado en su lenguaje.

—¡Oh, ah, ahora recuerdo!—dijo por fin, un tanto embarazado ante la mirada fija de su sobrina. Después, poniéndose más serio, añadió:

—Naturalmente, tienes que sufrir algún castigo, porque has sido sumamente traviesa y descuidada. ¿Qué hace el ama cuando tiene que castigarte?

—Nunca me castiga ahora—dijo Emilia.—Cuando yo era muy pequeña me ponía de pie en un rincón. Pero hace años que no me castiga.

El conde se encontraba ante un problema difícil; no sabía nada de castigos de niños. Milly parecía comprender la dificultad en que se hallaba su tío.

—¿Cómo le castigaban a usted cuando era pequeño, tío?

—Me daban una buena azotaina. No han sido pocas las que he recibido de manos de mi padre.

—¿Qué es una azotaina? ¿Es lo que le dió usted al perro cuando se metió en el bosque vedado?

—Sí.

Hubo una pausa. La niña se apretó las manos y los labios, imaginando a su tío dándole latigazos. Al cabo de un momento preguntó:

—¿Y piensa usted que así será como tendrá que castigarme?

Don Eduardo sonrió.

—No; no me parece que eres objeto a propósito para semejante tratamiento.

Milly dió un suspiro de alivio.

—¿Y no sabe usted cómo castigarme?—dijo después de algunos minutos de embarazoso silencio.

Había cierta conmiseración en el tono de la niña. La situación se iba haciendo cómica para el conde, aunque no dejaba de molestarle un poco la incapacidad en que se hallaba para cumplir su amenaza.

—El ama me contó—continuó diciendo la niña—que ella conoció a un niño pequeño al que castigaron una vez encerrándolo en un cuarto obscuro, y se asustó tanto que se murió al otro día. Hay un cuarto obscuro al lado de la cocina; creo que yo no me asustaría, porque Dios estaría conmigo. ¿Le parece a usted que ese castigo estaría bien?

No, al tío no le parecía aceptable. La niña prosiguió:

—En la Biblia puede usted encontrar algunos castigos. Me acuerdo de aquel hombre que recogía leña en el día de reposo, y fué apedreado; y el criado de Eliseo se volvió leproso, y unos muchachos fueron muertos por un oso; y un profeta por un león. Todos esos fueron castigados «muy severamente», ¿verdad? Si usted me perdona un poco, y quita lo de «muy severamente», será más fácil.

—Puedo hacer eso—dijo el pobre Don Eduardo, que estaba ya deseando levantar el castigo del todo;—puesto que ha sido solamente una maceta, quitaré el «muy severamente».

El rostro de Emilia se animó.

—Entonces, creo que si me mandan a la cama en lugar de estar en la mesa con usted a la hora de comer, eso será un castigo para mí. ¿No le parece a usted?

—Muy bien; estoy conforme con eso. Ahora echa a correr, y que sea la última vez que rompes algo. No quiero tener que preocuparme con tus castigos.

—Procuraré ser siempre muy buena, ama—dijo Milly cuando la acostaban aquella noche,—porque el tío Eduardo tiene que pensar mucho cuando ha de castigarme. No sabe lo que hacer. Parecía que estaba muy molesto, y dijo que le preocupaba.

Y el conde, al acabar de comer aquella noche, en silencio y soledad, decía para sus adentros:

—Esa niña me molesta a veces; pero de veras que la echo de menos esta noche. Los niños, después de todo, son originales, y ella es una de las criaturas más originales que he visto en mi vida.

Un domingo por la mañana se disponía el conde para ir al culto, y estaba ya en el vestíbulo, cuando oyó la voz de su sobrinita que desde la escalera le decía:

—Tío Eduardo, ¿puedo bajar a decirle una cosa?

Concedido el permiso, Emilia bajó danzando las escaleras y deslizando la manita en la de su tío, le dijo mirándole a la cara con expresión de vivo deseo:

—¿Quiere usted llevarme a la iglesia? El ama dice que ya soy bastante grande para ir al culto, y algunas veces me ha llevado ella por la tarde.

Don Eduardo vaciló.

—Si vienes, vas a estar moviéndote todo el tiempo, y eso no puedo sufrirlo con paciencia.

—No, tío; me estaré más quieta que un ratoncito.

—Si te portas mal, no te llevaré más. Hoy puedes venir conmigo. Que te avíen pronto.

Pocos momentos después, el conde y su sobrina caminaban a lo largo de la avenida, ella con una Biblia grande debajo del brazo, y procurando en vano igualar sus pasos con los de él.

El caballero tenía en la iglesia rural un banco reservado de un estilo antiguo en las iglesias de Inglaterra, con respaldo muy alto, a cuyo borde no llegaba la cabeza de Emilia. La niña se estuvo muy quieta y callada durante todo el culto, procurando seguir en todos los detalles el ejemplo de su tío, a quien casi hizo reir cuando quiso quitarse el sombrero para imitarle fielmente. Cuando comenzó el sermón, fijó sus grandes ojos en el predicador, oyéndole con grata sorpresa anunciar como texto del sermón las palabras que le eran a ella tan bien conocidas: «Me levantaré, e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado tu hijo.» Aunque el sermón duró media hora, no apartó su vista del predicador en todo el tiempo.

—Tío Eduardo—dijo cuando volvían a casa,—¿sabe usted que he entendido casi todo el sermón, menos algunas palabras raras? ¡Qué gusto que habló del hijo pródigo!

Don Eduardo no contestó. Había estado bastante molesto al escuchar las palabras del sincero pastor.

—Tío, ¿qué quería decir el pastor cuando dijo que había algunos que huían de Dios? Nadie huye de Dios, ¿verdad?

—Muchos lo hacen.

—Pero, ¿cómo pueden, estando Dios en todas partes? Nadie puede escaparse de Dios; y, además, ¿para qué se habían de escapar, si El los quiere tanto?

—¿Para qué se fué lejos el hijo pródigo?

Emilia se quedó pensando un momento.

—Sería para buscar aventuras. Yo juego muchas veces a eso. Me pasan muchas cosas antes de sentarme triste al pie del álamo. Pero es diferente alejarse de Dios. Me entraría un miedo terrible si me fuera lejos de El. No podría irme, ¿verdad, tío? ¿Quién me amaría y cuidaría de mí cuando estoy dormida? ¿Y quién escucharía mis oraciones? Creo que me moriría de miedo si me viera lejos de Dios. Dígame usted que no puede ser, tío Eduardo.

Milly se detuvo, y se agarró llena de ansiedad, al faldón de la levita de su tío. Este, viendo sus mejillas encendidas y sus ojos brillantes, le dijo:

—¡No seas tonta! No hay miedo de que te alejes de Dios. Vamos a cambiar de conversación. Tengo que ver a Maxwell, de modo que iremos por el bosque.

Maxwell era el guarda de la posesión de Don Eduardo, que tenía su casita en el linde-

ro del bosque. Era la primera vez que Milly iba allí, y la esposa del guarda, mujer de aspecto muy maternal, la recibió con una sonrisa tan alegre que la niña se sintió atraída hacia ella instintivamente.

—¡Qué habitación tan bonita!—exclamó la niña, echando una mirada por la limpia cocina, con asombro infantil.—¡Y qué gato tan hermoso! ¿puedo acariciarlo?

Con el beneplácito de la buena señora, Milly se sentó en una silla de brazos con el lustroso gato en la falda, y mientras Don Eduardo trataba de algunos asuntos con el guarda, ella entablaba cordial relación con la esposa.

—Tío Eduardo—dijo la niña cuando se hubieron despedido y regresaban a casa,—la señora Maxwell me ha convidado a tomar el té con ella mañana. ¿Podré venir sola?

—Si el ama te lo permite, no tengo inconveniente.

—¡Cuánto me gustaría vivir en su casa!—continuó diciendo la niña con calor.—Está metida entre los árboles, y, ¡me gustan tanto los árboles! Este bosque es muy hermoso. Me podría perder en él, ¿verdad? Nunca he estado aquí antes. En los cuentos siempre sucede que los niños se pierden en el bosque. Tío Eduardo, ¿no le parece a usted que los árboles se hablan? Mírelos usted ahora. Están sacudiendo la cabeza y murmurando unos con otros, ¿verdad? Hoy hablan muy bajito, porque es domingo. Algunas veces se enfadan y chillan, pero me gusta más oirlos susurrar y cantar. El ama dice que es el viento el que les hace cantar. ¿Los oye usted ahora? Cuando estoy en la cama y los oigo alrededor de la casa, me entran ganas de cantar con ellos. El ama dice que no le gusta; dice que es el viento que se queja. Yo creo que es que los árboles cantan a Dios, y me gusta que lo hagan. ¿Qué piensa usted?

Y así prosiguió Milly charlando, y su tío escuchaba, intercalando una o dos palabras de cuando en cuando. En realidad, no encontró desagradable la compañía de su sobrinita. Cuando llegaron a casa le dijo que en adelante podría ir con él al culto todos los domingos por la mañana, lo cual hizo brillar de alegría el rostro de la pequeña, que corrió a su cuarto para contar al ama todo lo ocurrido, diciéndole que había pasado una mañana muy buena, y que iba a ir a tomar el té, siempre que pudiera, con la señora Maxwell del bosque.

CAPITULO IV

LA PENA DE LA SEÑORA MAXWELL

Milly pasó, al día siguiente, una tarde muy feliz en la casita del guarda; y tan impresionada estaba con su visita, que cuando fué al comedor para estar un rato con su tío al fin de la comida no podía hablar de otra cosa.

—Han estado muy amables conmigo, tío. La señora Maxwell había hecho un pastel de pasas a propósito para mí, y le había puesto al gato un lazo encarnado porque yo iba, y nos sentamos junto al fuego y charlamos cuando Maxwell se fué, y me contó historias muy bonitas, y vi un cuadro precioso del hijo pródigo, que la señora Maxwell tiene en la sala, y lo descolgó para que yo lo viera bien. Voy a reunir dinero para comprar otro igual para mi cuarto, y, ¿sabe usted, tío...?

En esto se detuvo, y no por falta de aliento. Miró fijamente a su tío por un momento, y después le preguntó con aire de duda:

—Tío Eduardo, ¿podrá usted guardar un secreto? Me gustaría decírselo a usted, pero sólo a usted, porque la señora Maxwell no

habla de eso y yo le he dicho que tampoco yo hablaría, es decir, con los criados.

—Creo que puedes fiarte de mí—dijo gravemente el conde.

—Pues se lo diré a usted. Es maravilloso. Tienen un hijo pródigo vivo, de verdad.

Don Eduardo arqueó las cejas. Su sobrinita prosiguió:

—Sí, de veras que lo tienen. Cuando hablábamos del cuadro, la señora Maxwell se secó los ojos con la punta del delantal, y entonces dijo que ella tenía un querido hijo que se había ido de casa y no lo ha visto hace nueve años. ¡Figúrese usted! ¿Dónde estaba yo hace nueve años?

—No habías nacido todavía.

—Pero en alguna parte tenía que estar—dijo Milly, entrando su imaginación por un nuevo sendero de ideas que la llenaban de confusión.

—Supongo que estaría dormida en los brazos de Dios—dijo al fin, con expresión pensativa;—sólo que no me acuerdo.

Habiendo resuelto esta duda satisfactoriamente, prosiguió:

—El hijo pródigo de la señora Maxwell se llama Tomás. Se escapó cuando tenía diez y siete años, porque no le gustaba el oficio de herrero. ¡Lo que hemos llorado la señora Maxwell y yo por él! Tenía el pelo rizado y

era muy buen mozo, y había sido un niño *precioso* cuando era pequeño, y tuvo la tos ferina, convulsiones, y no volvió en sí en cuatro horas; pero se empeñó en irse de casa, aunque antes de marcharse le dejó a su madre la leña partida y le sacó el agua del pozo. Y la señora Maxwell dice que quién sabe si será ahora soldado, o marino, o se habrá ahogado, o habrá perdido las dos piernas en la guerra, o estará en la India con los negros; pero yo le dije que probablemente estaría guardando puercos en alguna parte, y entonces ella se consoló un poco, y nos secamos las lágrimas, y me dió un caramelo de menta. ¿No es una historia maravillosa, tío?

—Muy maravillosa.

—Pues bueno; cuando estábamos hablando de estas cosas entró Maxwell, y entonces nos callamos, porque la señora Maxwell me dijo: «Mi hombre se pone muy triste cuando oye hablar de esto.» Pero cuando el señor Maxwell me traía a casa a través del bosque, me preguntó de qué habíamos estado hablando, y dijo que ya se había figurado que era acerca del muchado, porque lo había notado en los ojos de la señora Maxwell. Entonces yo le pregunté si correría al encuentro de Tomás, y le besaría cuando volviera, y si haría una fiesta, y él me contestó que cualquier cosa sería capaz de hacer con tal de tenerlo en casa otra vez.

Milly se detuvo un momento, y después dijo de una manera muy sentida:

—Quisiera tener un padre, tío Eduardo. ¡Los padres quieren tanto a sus hijos! ¿verdad?

—No siempre es así—replicó el tío.

—El padre del hijo pródigo lo quería mucho, y Maxwell quiere mucho a Tomás, y ahí tiene usted a David, que tenía un hijo muy malo, con el cabello muy largo... no me acuerdo cómo se llamaba; y cuando murió, el padre lloró amargamente. Algunas veces le hablo a Dios de estas cosas cuando estoy en la cama, y me parece que El me abraza y me duerme. El ama dice que a Dios le agrada que yo le llame Padre; pero eso no es lo mismo que tener un padre que se pueda ver. Maxwell es un padre muy bueno, me parece a mí. Yo le dije que oraría a Dios por Tomás todas las noches, y además le dije que Dios también tiene muchos hijos pródigos, como el pastor dijo el domingo, personas que se han alejado de El. Yo he pedido a Dios que los haga volver. ¿Sabe usted de alguno que se ha escapado de Dios, tío?

—Estás charlando demasiado, niña—dijo Don Eduardo, enfadado;—estate quieta y calladita.

Milly obedeció al instante, y después de algunos momentos de silencio, su tío le dijo:

—No tengo inconveniente en que vayas a ver a la señora Maxwell, pero no podrás llevar nunca contigo a Canelo. A él no se le permite ir a ese bosque. ¿Me entiendes?

—Sí, tío; pero lo siento mucho, porque a Canelo no le gusta que le deje solo; se le saltaron las lágrimas el otro día cuando el ama le dijo que no podía venir conmigo. ¿Sabe usted? Nadie le habla como yo. A él le gusta que le cuente cuentos, y como le conté la visita, quiere ir conmigo. Pero no le llevaré si usted me lo prohibe.

Cuando dió las buenas noches a su tío para irse a la cama, le dijo:

—Tío Eduardo, cuando diga usted sus oraciones esta noche, ¿quiere usted pedir a Dios que traiga a Tomás a su casa? ¡Su madre lo desea tanto!

—Eso te lo dejo a ti—fué la corta respuesta.

—Pues si no quiere usted pedir por Tomás, pida usted por los hijos pródigos de Dios. ¿Querrá usted? ¡Hágalo, tío Eduardo! La señora Maxwell dijo que el único consuelo que tenía era pedir a Dios que trajese de vuelta a Tomás.

Don Eduardo no respondió. Despidió a la niña más secamente que de costumbre, y cuando ella se hubo marchado, se quedó con la cabeza apoyada en la mano, contemplando pensativo el fuego que ardía en la chimenea.

Sus meditaciones no debían ser muy gratas, porque a los pocos momentos se levantó diciéndose a sí mismo:

—Voy a ver si con un cigarro sacudo este ataque de melancolía. Tendré que contener algo la conversación de esa niña; está metiéndome en preocupaciones molestas.

Mientras él se paseaba por la terraza, su sobrinita, en camisa de noche, con los ojos cerrados y arrodillada en la falda de su ama, decía reverentemente:

—Oh Dios, trae de vuelta a Tomás y no permitas que sea más un hijo pródigo; tráele pronto a su casa, y trae a todos tus hijos pródigos que se han escapado de Ti; por amor de Jesucristo. Amén.

Don Eduardo no se libró de varias visitas de señoras de la vecindad que se ofrecían a procurar algún entretenimiento a su sobrinita, pero rehusó firme y cortésmente tales ofertas. Les dijo que la niña era feliz con su ama, que no quería que se tratara con otros niños por entonces, y que un año o dos más adelante sería ocasión de pensar en su educación. Así que Milly quedó sola, y más de una madre dijo, con un movimiento de cabeza:

—Es una vida muy triste para una niña; pero el conde tiene sus rarezas, y cuando se le mete una idea en la cabeza no hay quien se la quite.

Pero la niña no era infeliz. Cuando los días se fueron acortando y hubo que hacer más cortos también sus paseos, se pasaba las horas enteras sentada en una piel de tigre junto al fuego, en compañía del perro, a quien hacía confidente de todas sus ideas infantiles.

Algunas veces la encontraba su tío sentada en el asiento que encerraba el amplio marco de una ventana, con la cara pegada a los cristales. Una tarde fría de Noviembre desaprobó esta costumbre.

—Hace mucho frío aquí, Emilia—dijo severamente;—debías estar en tu cuarto.

—Yo no tengo frío—contestó ella.—No me gusta estar todo el día en mi cuarto; cuando se hace oscuro, el ama enciende la luz y cierra las persianas, y no se ve nada más que las paredes y los cuadros, que yo estoy cansada de ver.

—Y aquí, ¿qué ves?

—Venga usted y siéntese, y se lo diré. Hay sitio, tío; haga usted a Canelo que se corra un poco. Ahora mire usted. Me gusta ver hacia el mundo, ¿no le gusta a usted?

—¿No estamos en el mundo? Yo pensaba que estábamos.

—Sí estamos; pero quiero decir el mundo de Dios. Las casas no son el mundo suyo, ¿verdad? ¿Ve usted mis árboles? Desde esta ventana veo muy bien a Goliath; está muy

fiero esta noche; casi me parece que le oigo gruñir porque ha perdido todas sus hojas. ¿Y ve usted, tío, aquellos dos arbolitos delgados que se tocan? Yo los llamo David y Jonatán; se están besando ahora, como hicieron aquellos dos amigos en el bosque, ¿sabe usted? Y allá está el alamito donde yo me siento cuando juego al hijo pródigo. Está muy oscuro para ver los demás. Les he puesto nombres a casi todos, y me gusta venir a verlos. Además, veo las estrellas que empiezan a salir. ¿Sabe usted lo que pienso de las estrellas? Que son los ojos de los ángeles, que me miran muy cariñosamente y me hacen guiños, y yo los miro también y les guiño el ojo. Y así estamos guiñándonos algunas veces hasta que me entra sueño. También veo a los pájaros que se van a dormir. Se ven muchas cosas desde esta ventana.

—Bueno, vete ahora a tu cuarto; ya has estado aquí bastante tiempo.

Milly se bajó obedientemente de un salto, y, cogiendo la mano de su tío, que se iba, le dijo:

—Una cosa más quiero enseñarle a usted, tío. Desde aquí se vé la carretera en una distancia muy larga, y, cuando no es muy oscuro, me siento a ver si viene Tomás, el hijo pródigo de Maxwell. ¡Me gustaría tanto verle alguna vez viniendo de lejos con la cabeza baja

y todo harapiento! Algún día tiene que venir, de seguro; Dios lo traerá; y si lo veo yo primero, iré corriendo a avisar a Maxwell para que él salga corriendo a recibirle. ¿No será hermoso eso?

Y, con los ojos brillantes, Milly sacudió sus rizos castaños y fijó la mirada en el rostro de su tío, buscando una señal de simpatía hacia sus esperanzas. El le acarició la cabeza, y se fué sin decir una palabra.

Otro día, iba a salir de casa, porque estaba convidado a comer en la de un amigo, cuando se detuvo un momento al notar que su sobrinita estaba en la ventana sacudiendo el pañuelo.

—¿Qué estás haciendo ahora?—le preguntó. Milly volvió hacia él la carita ruborizada, y dijo:

—Estaba saludando a Dios, tío Eduardo. Me había parecido que me miraba desde el cielo.

Don Eduardo siguió adelante, murmurando:

—Esa niña vive en la presencia de Dios desde la mañana hasta la noche.

CAPÍTULO V

UN PRÓDIGO

—Tío Eduardo, el ama y yo vamos hoy de compras. ¿Quiere usted que le compre algo? Vamos en la carreta de Harris.

Milly saltaba de alegría cerca de la puerta al decir esto. Era una mañana fría, pero despejada, y Sir Eduardo acababa de desayunar y salía del comedor con el periódico y un gran paquete de cartas en la mano. Detúvose a contemplar un momento la bien arropada figurita de la niña, y sus pensamientos volaron hacia aquellos tiempos en que él también, como niño, había mirado como uno de los placeres más grandes una visita a la ciudad vecina, distante unas cuatro leguas.

—Sí —dijo buscando una moneda en el bolsillo del chaleco;—cómprame plumas y papel secante en la papelería. Yo te pondré por escrito la clase de plumas que necesito, y aquí tienes el dinero. La vuelta para ti, para que te compres lo que quieras.

Y le entregó una monedita de oro de diez

chelines, que Milly tomó ruborizada de contento.

--Nunca he tenido una moneda de oro, ¡Cuántas cosas podré comprar!—dijo.—Muchas gracias, tío. Quería comprarme algunas cosas, pero no tenía más que tres perras. Ahora estoy rica.

A la caída de la tarde, cuando el ama y la niña volvían, Don Eduardo las encontró en la avenida de la casa. El semblante de la pequeña estaba anublado, y en sus mejillas había señales de lágrimas, lo cual era tan desusado, que el tío preguntó al ama qué había ocurrido.

—No ha sido buena, señor, siento decirlo. No sucede a menudo que tenga que reprenderla, pero esta tarde me ha dado un susto y un disgusto que no se me olvidará fácilmente.

—¿Qué ha hecho? Pero dejémoslo ahora; ya me lo contará usted cuando lleguemos a casa.

El ama estaba tan agitada, que apenas entraron en la casa, dió suelta a un confuso relato.

—Estaba yo en la tienda de comestibles, señor, y tenía para un rato, porque la cocínera me había dado tantos encargos, que había tenido que encribir una lista; y le dije a la señorita Milly: «Quédate a la puerta, pero no te muevas de ahí.» Ella sabe que no debe hablar con gente así; ya le he dicho que algunos co-

gen a los niños, se los llevan detrás de una esquina y les quitan toda la ropa que llevan puesta; y ¡pensar que se fué con él tan tranquila y sin pensar la inquietud que yo tendría buscándola por esas calles!... y los policías no valen para nada, se le quedan a usted mirando, y se ríen. Ya no esperaba yo verla más, y perdí el bolso y la sombrilla; como que pasé dos horas buscándola, sin haber hecho más compras, y el tunante tenía la cara del pillo más grande que acaba de salir de la cárcel. Y a todo esto, ella tan sonriente, como si no hubiera hecho nada malo, ni me hubiera desobedecido, exponiéndose a coger cualquier enfermedad contagiosa, por la cara que él tenía, o a que la robaran o la mataran; y no se le ocurrió, ni por asomos, que había hecho mal, sino que esperaba que yo comprendiera lo razonable de su conducta.

El ama se detuvo para tomar aliento, mientras Milly, con la cabeza baja y con entrecortados sollozos, daba señales evidentes de que las palabras del ama la habían convencido por fin de su mal proceder.

El conde se sorprendió de verse a sí mismo tan interesado en el apuro de su sobrinita.

—Me temo que no comprendo bien lo que usted me ha contado, ama—dijo tranquilamente—, pero me figuro que la Srta. Milly

podrá contármelo todo. Ven al estudio conmigo, niña.

Y tomándola de la mano, la llevó al estudio, con gran asombro del ama y del viejo ayuda de cámara, que, con gran solemnidad, dijo:

—Bien puede usted asombrarse, ama. Note usted lo que digo: esa niña lo va a manejar con un dedo el día menos pensado. Lo veo venir; para el señor será rebajarse terriblemente, pero ¿qué se le va a hacer? Las mujeres siempre ganan, y empiezan desde chiquitas.

—No veo nada extraordinario en que un caballero se preocupe de la niña de su hermana —contestó el ama, algo amostazada;—lo extraño es que la trate siempre a distancia, como suele hacerlo, como si fuera un perro o un mueble, sin cariño, siendo sangre suya. No es «rebajarse», tener una chispa de humanidad de cuando en cuando—y subió la escalera. La pérdida de su bolso y de su sombrilla habían alterado considerablemente su apacible genio.

Sir Eduardo se sentó junto al fuego que ardía en la chimenea de su estudio, y Milly se quedó de pie delante de él, con una mano sobre una de sus rodillas y con la otra llevándose el pañuelo a los ojos y tratando en vano de contener sus lágrimas.

—¡Vamos a ver! Deja ya de llorar y cuéntame lo que ha pasado—dijo el tío, sintiéndose

conmovido al ver tan afligida a su sobrinita.

Milly se apretó el pañuelo a los ojos, y levantando la vista, dijo con labios temblorosos:

—Yo no quise ser mala, tío. El ama no se ha enfadado conmigo como hoy hace mucho tiempo, y ¡me da tánta pena!

El tono lastimero de la niña conmovió a Don Eduardo, que, en el impulso del momento, hizo lo que no había hecho nunca: la sentó sobre sus rodillas y le dijo que se lo contara todo; y Milly, después de una última lucha con sus lágrimas, logró vencerlas, y pudo dar una relación clara de lo ocurrido.

—Había comprado las plumas y el papel para usted, tío, y pensaba ir a una tienda de cuadros para gastar el resto de mi dinero cuando el ama acabara sus compras en la tienda de comestibles. Estaba yo fuera cuando vi venir un hombre. Iba tambaleándose, con el sombrero roto, y con tantos harapos, que creí que sería un hijo pródigo, y entonces me ocurrió que podría ser Tomás, que volvía a casa de sus padres; y entonces, ya no pensé en otra cosa, y me olvidé del ama, y de lo que me había dicho, y eché a correr detrás de él tan deprisa como pude. Lo alcancé, y se quedó muy extrañado cuando le pregunté si se llamaba Tomás. Dijo que no, y se rió de mí; entonces le pregunté si era algún hijo pródigo, porque tenía todas las trazas de serlo, y él

me dijo que no sabía qué era eso. Entonces tuve que explicárselo. El me dijo que eso no iba con él, porque nunca había tenido casa; de modo que no podía haberse escapado de ella; pero se parecía tanto al hombre del cuadro de la señora Maxwell, que se lo dije así, y entonces supe lo que era y lo sentí mucho, aunque me alegré también.

Milly se detuvo, y bajando la voz dijo:

—Descubrí que era uno de los hijos pródigos de Dios. Cuando le pregunté si se había alejado de Dios, me dijo que sí, que eso era lo que suponía que había hecho. ¡Claro! ¡Por eso estaba tan harapiento y era tan desgraciado!

—No siempre sucede así—observó el tío, entre emocionado y divertido.—A veces son los ricos los que se alejan de Dios, y cuando están lejos se hacen más ricos.

Milly se quedó confundida.

—Pero no podrán ser felices, tío. ¡No puede ser!

—Tal vez no.

—Pues bien, hablé con aquel pobre hombre hasta que nos habíamos alejado bastante de la tienda, y él se metió por un callejón, y yo con él; y estábamos tan cansados los dos, que nos sentamos delante de una puerta, y allí me contó toda su vida. Se llama Santiago, y se le ha muerto su padre y su madre, como a mí; y se emborrachó una noche, y dió una

caída y se rompió un brazo y lo llevaron al hospital; y cuando se puso bueno y volvió a trabajar, el amo no le admitió porque ya había tomado a otro en su lugar, y no pudo encontrar trabajo. Yo le pregunté si no podía haberse metido a guardar puercos, y él me dijo que en Londres no los había, y él estaba en Londres, y por seis meses estuvo hecho «un golfo»; eso dijo. Y yo le pregunté qué era eso, y me dijo que era uno que no tiene casa, y va de acá para allá. Dijo que iba «de mal en peor», pero no le entendí. Entonces le pregunté por qué no se volvía a Dios, y él dijo que en otro tiempo había sido un buen muchacho, cuando iba a la Escuela Dominical, y que tenía un tío muy bueno, que tenía una panadería en Londres, y quería tenerlo en su casa; pero él no había querido, porque su tío era demasiado bueno. Y yo le pregunté por qué no se volvía ahora con su tío, y él dijo que no podía ir andando a Londres, que estaba muy lejos, y no tenía dinero para el tren. Entonces abrí mi bolso, y contamos el dinero que yo tenía, y dijo que eran siete chelines y seis peniques, y que eso bastaba para el billete, si se lo prestaba. Yo se lo presté con mucho gusto, y él me preguntó mi nombre y mis señas, y yo se las dí.

—¡El muy pillo!—murmuró el conde.

Milly se detuvo.

—¿Por qué se enfada usted, tío? Yo le dí el dinero con mucho gusto, y después hablamos un buen rato, y le rogué que no siguiera siendo un hijo pródigo de Dios. ¡Figúrese usted! ¡No quería creer que Dios le amaba y que Dios quería que volviera! Yo le dije que a mí me daría mucho miedo de alejarme de Dios, y él, ¡como si nada! Decía que nadie se cuidaba de él, que viviera o muriera. Yo le dije que nadie se cuida mucho de mí tampoco, fuera del ama, pero que Dios sí se cuidaba. Yo sé que El me ama, y estoy segura que también ama a Santiago. ¿Verdad, tío?

—¿Y cuándo te encontró el ama?—preguntó el tío, evadiendo la cuestión.

El rostro de Milly que se había ido alegrando gradualmente al contar su historia, se entristeció ahora de nuevo.

—Ella se puso terriblemente enojada conmigo, y me arrancó de allí, y dijo que Santiago era un ladrón y un vaga... vagamundo, o qué sé yo. Me vino riñendo todo el camino, y me parece que ya no me vá a querer más. Dijo que por casualidad me había encontrado, y que si no llega a entrar por aquel callejón, me hubiera perdido para siempre. Y lo que más le enfadó fué que le dí la mano a Santiago y le dije adiós. Me parece que el ama no saldría corriendo a recibir a un hijo pródigo, si lo tuviera; piensa que todos los que van

harapientos son malos. Pero yo siento mucho haber sido desobediente. ¿Cree usted que he sido muy mala, tío Eduardo?

Don Eduardo se retorció las guías del bigote lentamente.

—Creo que hiciste mal en correr detrás de un hombre así, y comprendo bien que el ama se disgustara. Le hiciste pasar mucha ansiedad.

—¿Y está Dios enojado conmigo?

—A Dios no le agradan los niños desobedientes.

—¿Puedo arrodillarme aquí y pedirle perdón?

Don Eduardo vaciló.

—Será mejor que vayas a tu cuarto para eso.

—Pero no quiero ver al ama sin haberlo hecho antes. ¿Me permite usted? ¿Quiere usted también pedir a Dios que me perdone?

—Tu oración será bastante.

Milly se bajó de las rodillas de su tío, y arrodillándose, con los ojos cerrados, dijo suavemente:

—«Dios mío, ¿querrás perdonarme? Siento haber desobedecido al ama y haber echado a correr; dígnate cuidar de Santiago y atraerlo a Ti, por amor de Jesucristo.—Amén.»

—Bueno, ahora vete con tu ama, y no llores más—dijo el tío, levantándose de su butaca.

—¿Cree usted que el ama estará enfadada todavía?

—Dile de mi parte que no te riña más; que con la pérdida del dinero has tenido bastante castigo.

—Pero no lo he perdido, tío; se lo he prestado a Santiago; él no quiso tomarlo dado; dijo que me lo devolvería en una carta.

El conde se sonrió con aire de incredulidad, y Milly echó a correr a su cuarto de juego, donde el ama la recibió con los brazos abiertos.

—¡Vaya! No te apures más, querida. Me he enfadado mucho contigo, pero ya no lo volverás a hacer más. Ven a tomar el té. Yo ya he tomado una taza, y me siento mejor. Ea, no llores más, corazoncito; no puedo verte llorando.

Al decir esto, el ama la tomó en brazos, y la pobre y cansada Milly le dijo muy bajito:

—Temí que no me querrías ya más. Ya le he dicho a Dios que lo siento. ¿Me perdonas?

—Por completo, cordera; y en cuanto a quererte, no podría dejar de hacerlo aunque me dieras doble trabajo.

CAPÍTULO VI

UNA PROMESA CUMPLIDA

Unos quince días después, el conde encontró entre las cartas que el cartero había echado en el buzón, una dirigida a su sobrinita, y mandó a llamarla. Acudió la niña muy sorprendida por tal llamamiento, porque su tío se desayunaba siempre solo y no quería que se le molestase en aquella hora, que era cuando abría su correspondencia. Pero cuando vió las cartas en la mesa, exclamó llena de alegría:

—¡Buenos días, tío Eduardo! Hay una carta de Santiago para mí, ¿verdad? La he estado esperando todos los días.

—Bien puede ser de él, a juzgar por la forma en que viene dirigida. Ven y ábrela.

Milly cogió la carta, y con dedos temblorosos por la emoción, la abrió, diciendo al mismo tiempo:

—¡Ya sabía yo que cumpliría su promesa! ¡Ya sabía yo que no era ladrón!

Al romper el sobre, cayó de él una libranza

del Giro postal, por valor de siete chelines y seis peniques.

—¡Muy bien!—dijo don Eduardo.—Tenías razón, mujercita, y nosotros estábamos equivocados. ¿Quieres que te lea la carta?

—Sí; haga usted el favor, tío.

La carta decía así:

«Señorita: Por ésta verá usted que cumplo mi palabra y le devuelvo lo que me prestó, dándole muchas gracias por el adelanto; pues sabrá usted que llegué a Londres sano y salvo, y no he bebido una gota de alcohol desde que hablé con usted, y estoy trabajando con mi tío, que ha tenido la bondad de recibirme, lo cual que gano doce chelines por semana y he vuelto a ir a los cultos. Mi tío tiene un amigo que es evangelista callejero, y se encuentra con muchos jóvenes perdidos, como yo era, y le he hablado acerca de Tomás Maxwell, en quien usted está interesada; y me ha dicho que estará a la mira para ver si lo encuentra. Dígale a la mujer que se llevó a usted tan de prisa, que aún hemos de vernos las caras algún día, y todos los días pido a Dios que bendiga a usted, porque espero que voy otra vez por buen camino y doy a usted gracias por sus consejos, que los tengo muy presentes.

Su afectísimo servidor,

SANTIAGO GRAY.»

Don Eduardo dejó la carta cuando terminó su lectura, sin decir una palabra. Milly estaba radiante.

—Nunca he recibido una carta en mi vida, tío, y no la entiendo toda. ¿Quiere usted explicármela?

Así lo hizo su tío, enviándola después a su cuarto de jugar para que se la enseñara al ama, y quedándose él ensimismado, sin ganas de abrir sus cartas ni de tocar su desayuno por algunos momentos.

Aquel mismo día por la tarde dió un paseo en un cochecillo arrastrado por un potro brioso, y al regreso se encontraron una máquina de vapor, ante la cual el caballo se encabritó y desbocó.

Sir Eduardo se mantuvo en su asiento por algún tiempo, procurando guiar el caballo, ya que no podía detenerlo; pero a pesar de todos sus esfuerzos, el cochecillo volcó y él cayó violentamente a tierra. Iba sin lacayo, y como el accidente ocurrió en un camino solitario, nadie vino en su auxilio hasta una hora después, cuando un labrador pasó por allí en su carreta de vuelta del mercado. Encontró al caballero sin sentido, y el caballo forcejeando para librarse del peso del coche, bajo el cual había quedado sujeto.

Eran las siete de la tarde cuando el conde fué llevado a su casa con tres costillas rotas

y graves contusiones en la cabeza. El médico quería llamar por telégrafo una enfermera de Londres; pero Don Eduardo, que les tenía horror y que había recobrado el conocimiento, sacudió la cabeza con vehemencia, oponiéndose a ello; de modo que el asunto se arregló ofreciéndose el ama, con el auxilio del ayuda de cámara, a cuidarle. La pobre Milly tuvo que vagar por la casa, con Canelo detrás, de una manera muy triste. Con el temor de que su tío muriera y con la ausencia del ama, que apenas tenía tiempo para ocuparse de ella, se sentía muy sola, y su único consuelo consistía en bajar a la casita del guarda para charlar con la señora Maxvell.

Don Eduardo salió pronto de peligro, pero tardó mucho en restablecerse, y necesitaba muy cuidadosa asistencia. Milly rogó e imploró que la permitiera verle, sin conseguirlo. Por fin el médico permitió que lo visitara un ratito, y la niña entró de puntillas en la habitación, llevando bajo el brazo un paquete cuyo contenido nadie sabía más que ella.

Muy suavemente se llegó hasta la cama, y se quedó mirando con el mayor asombro la cabeza vendada y la pálida cara de su tío.

Este alargó la mano, que ella tomó en las suyas, fijando en él sus ojos castaños, y diciendo:

—Hace mucho tiempo que quería ver a usted, tío Eduardo. Quisiera que me dejara usted ayudar a cuidarle.

El tío sonrió y sacudió la cabeza.

—He pedido a Dios muchas veces—prosiguió la niña—que le pusiera a usted bien, y El va a hacer que viva usted, ¿verdad? Tal vez a usted le hubiera gustado más morir, pero yo no quería. El ama dice que tengo que irme al momento, pero le he traído un regalo. Maxwell lo compró en la ciudad, por encargo mío, con el dinero que me devolvió Santiago. ¿Quiere usted verlo?

Habiendo leído en los ojos de su tío su asentimiento, Milly quitó la envoltura de papel moreno, y puso encima de la cama un cuadro del Hijo Pródigo con un sencillo marco de roble.

—¿Verdad que es muy bonito, tío Eduardo? Ahí está el hijo pródigo todo lleno de harapos, y el padre viejo corriendo desde lejos para venir a su encuentro. ¿Y puede usted leer lo que pone debajo? «Me levantaré, e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.» Pensé que le gustaría a usted verlo mientras está en cama. ¿Quiere usted que lo ponga a los pies, apoyado en las barras de la cama? Así lo verá usted muy bien.

El ama vino y ayudó a la niña a poner el cuadro como quería: y el tío procuró mostrar su agradado y dijo en voz baja:

—Gracias, chiquita, lo veo muy bien ahí;—pero murmuró para sus adentros:

—¿Tendrá alguna intención al traerme siempre ese interminable asunto? Estoy ya hastiado de él. En cuando se vaya, me desharé del cuadrito.

Pero no lo hizo. El cuadro atraía sus miradas, y cuanto más tarde el ama le preguntó si quería que lo quitara, él contestó negativamente con un movimiento de cabeza.

Nadie pudo saber cuáles eran sus pensamientos durante aquellos largos días y noches de cansancio y dolor; la inquietud del alma era mayor que la del cuerpo, y el pasado volvía a su memoria con asombrosa vividez. Los años malgastados, los talentos desperdiciados y, sobre todo, el haber cerrado su corazón contra su legítimo Dueño, eran cosas que se alzaban delante de su espíritu, acusándole. Su desasosiego era tal, que a veces no podía menos de quejarse en voz alta, y deseaba perder el conocimiento para librarse de la acusadora memoria.

Era una tarde gris y fría. La cocina de la señora Maxwell estaba en perfecto orden; el fuego del hogar lanzaba trémulas luces sobre las brillantes cacerolas que colgaban de las paredes, y la loza blanca y azul que descansaba en el aparador. La señora Maxwell, sentada en una mecedora rústica, con un delantal blanco inmaculado, hacía media hablando al mismo tiempo; y Milly, sentada en una sillita baja, con sus dorados rizos en desorden y sus grandes ojos castaños mirando al fuego, completaba el cuadro.

—¿Le gusta a usted el invierno, señora Maxwell?—preguntó la niña.

—La verdad, querida, que no puedo decir que me guste tanto como el verano; pero cuando el Todopoderoso lo envía, bien está, y no me parece que nadie tenga derecho a gruñir y a marcharse a tierras extranjeras, como hacen algunos, dejando su tierra y el clima que Dios les da, porque dicen que necesitan sol. Yo siempre pienso que lo que les falta es sol en el corazón, y si lo tuvieran no se molestarían tanto con el tiempo.

—A mí me parece el invierno un tiempo muy tristón, señora Maxwell, y lo siento por los árboles. Esta mañana salí con Canelo, y les hablé, y procuré animarles. ¡Parece que están medio muertos los pobres! Y temblaban de frío esta mañana; de veras. Yo les dije que ya se alegrarían cuando viniera el verano, pero ellos suspiraron y menearon la cabeza. ¡Tienen que esperar tanto tiempo! Y como no tienen nada que hacer, se aburren. Yo estaba muy triste esta mañana; después de hablarles, me fuí al plantío, al pie del prado, y en el camino me encontré una rana muerta. Canelo

la olfateó, pero parecía que no le importaba. No sé como se moriría; tal vez estuvo mucho tiempo al aire y se quedó helada. Yo la cogí y la enterré, pensando si su madre no la echaría de menos. Después, un poco más allá, me encontré, en un montoncito, las plumas de un pajarito. Se conoce que un gato se lo había comido, y no pude menos de llorar, porque todo me parecía que se moría. Cuando llegué al plantío me consolé un poco, porque los pinos parecían tan sanos y abrigados; no habían perdido las hojas como los otros árboles. Pero ¿sabe usted? En medio de ellos había un árbol alto, delgado, desnudo, que parecía muy solitario y desgraciado porque era el único que estaba sin hojas.

Uno de esos chopos, sin duda. Mi hombre dijo el otro día que había que aclarar el plantío de los pinos.

—Pues bien, no pude soportar el verlo tan triste; así que me metí entre los pinos hasta que llegué a él, y le dí un abrazo muy fuerte. Le dije que Dios cuidaría de él y le daría un hermoso vestido verde para el verano; pero parecía sentir mucho el frío, y creo que los otros árboles no le tratan con cariño. Esos pinos son muy orgullosos. Yo le dí un beso antes de marcharme; fué una mañana triste.

El tono de Milly era verdaderamente patético, y la señora Maxwell, que siempre oía con

gusto las fantasías de la niña, levantó la vista de la calceta y le dijo:

—Tú estás triste, querida. ¿Está tu tío mejor?

—Creo que está mejor, pero no debe hablar, y el ama no me deja verle. Creo que es el invierno el que me pone triste.

Hubo unos momentos de silencio, Milly acariciaba el gato. Después dijo:

—Si el tío Eduardo hubiera muerto, ¿qué hubiera sido de mí? ¿Habría tenido yo que ir a un asilo?

—¡Bendita sea tu alma! No. Precisamente decía mi marido el otro día, que es casi seguro que tú serás algún día la señora de toda esta propiedad. El conde no tiene otros parientes, que sepamos. ¡Conque para que vayas a un asilo! Allá no van más que los perdidos y vagabundos.

—El otro día oí a las criadas que hablaban de eso—prosiguió Milly;—y decían que qué sería de mí. Creo que es el único tío que tengo; de modo que no tendría a donde ir. Quisiera tener un padre, señora Maxwell. Siempre he tenido este deseo. No me acuerdo de mi padre. De mi madre sí; pero estaba siempre tan enferma, que no me dejaban que la molestara. ¿Sabe usted? Cuando vine aquí, pensaba yo que el tío Eduardo sería una especie de padre; así dijo la señorita Kent. Pero me te-

mo que tampoco quiere que le fastidie. Me gustaría que me tomara en brazos y me besara. ¿Cree usted que lo hará alguna vez? A veces me figuro que nadie se cuida de mí.

—Me parece que una manzanita que puse a asar con azúcar en el horno, huele como si quisiera salir de allí—dijo la señora Maxwell, levantándose de su mecedora con los ojos humedecidos.

La melancolía de Milly desapareció al momento. Una manzana asada, con azúcar, tenía grandes encantos para ella, y nadie hubiera creído al verla danzar por la cocina y reir y subirse a buscar un plato en el aparador, que ella era la misma que pocos momentos antes había disertado tan gravemente acerca de la tristeza del invierno y de su orfandad.

—¿Hacía usted tan ricas manzanas asadas para Tomás?—preguntó poco después entre bocado y bocado.

—¡Ya lo creo! me acuerdo que cuando volvía de la fragua el sábado, siempre le tenía preparado un plato de compota; él solía decir que nadie guisaba tan bien como su madre.

—¡Cuánto tarda en venir! ¿Verdad, señora Maxwell? Yo me canso de esperar. ¡Ojalá que viniera para Navidad!

—Yo no me canso de esperar—dijo la madre.—Llevo esperando nueve años, y a veces me parece que fué ayer cuando se marchó. En

ocasiones me siento inclinada a acongojarme, y quisiera saber si está vivo o muerto; pero el Señor me consuela, y sé que El sabe dónde está y me lo hará saber cuando sea su tiempo.

—Yo le estoy esperando cada día que pasa —dijo Milly muy animada.—El otro día le hablé a Dios de él, estando yo en la ventana, y me parecía que Dios me decía que vendrá pronto. No me extrañaría que volviese la semana que viene.

En esto llegó el guarda, y Milly bajó de su silla de un salto.

—Creo que ya es hora de que vuelva a casa. El ama dijo que debía estar allí a las cuatro. ¿Me va usted a llevar, Maxwell?

—¿No te acompaño yo siempre a casa?—dijo alegremente Maxwell.—¿Y sabes que hace diez minutos que dieron las cuatro? Cuando mi mujer y tú os juntáis de charla, no sabéis cómo pasa el tiempo. Ahora tendremos que correr.

La señora Maxwell envolvió rápidamente a Milly en su abrigo.

—¡Vaya, querida mía, hasta la vista, y no te pongas triste al verte sola en aquella casa tan grande! Pronto se pondrá bueno tu tío, y el ama podrá atenderte mejor. No sé para qué sirven tantos criados, que no te entretienen un poco.

—El ama no quiere que vaya con los cria-

dos—dijo Milly,— y yo le he prometido no ir. Sara es la que está connmigo en el cuarto de jugar, pero se va muchas veces. ¡Adiós, señora Maxwell!

Oscurecía ya. Maxwell cogió a la niña en sus robustos brazos, y caminaba a buen paso cuando, al pasar por un sitio bastante oscuro, un hombre salió de pronto de entre las matas y echó a correr!

Maxwell le gritó iracundo:

—¡Como te vea otra vez aquí, lo vas a pasar mal, granuja!

—¡Oh, Maxwell!—exclamó Milly—¿qué es eso?

—Uno de esos cazadores furtivos que andan siempre tras las liebres. Si no fuera porque tengo que cuidar de ti y tuviera a mano mi garrote, iría a darle lo que se merece.

—¡Pero no le lastimaría usted!

—¡Le daría una buena lección!

—¡No, Maxwell, no haga usted eso! Piense usted que pudiera ser Tomás que volvía a casa. Usted no lo podía distinguir, ¿verdad? Sería muy triste que espantara usted a Tomás.

—No hay cuidado de eso—dijo Maxwell.—Mi hijo no andaría escondiéndose de ese modo. Era un vagabundo harapiento y nada más.

—Los hijos pródigos van casi siempre harapientos. Podía ser el hijo pródigo de alguien.

—No era más que un ladrón, querida mía, y creo que lo conozco. Para en la posada del Dragón Verde, y está ojeando este sitio hace algún tiempo.

—Tal vez es uno de los hijos pródigos de Dios, como era Santiago—dijo Milly.

Maxwell no contestó a esto, pero cuando la dejó en el vestíbulo de la casa poco después, dijo:

—No te apures por Tomás. Lo conoceré bien pronto. Y el no huirá de su propio padre.

Milly entró en la casa, y aquella noche añadió a sus oraciones esta nueva petición:

—«Dios mío, si el hombre que salió huyendo de Maxwell es un hijo pródigo, hazle volver a su padre, por amor de Jesús. Amén.»

CAPÍTULO VII

EXAMEN

—Ama, ¿dónde está la señorita Emilia? No la he visto hace días. Tráigala usted aquí esta tarde, y váyase a tomar un poco el aire; estoy bastante bien para que me deje usted solo.

El conde dijo esto con tono impaciente; estaba ya en la convalecencia, y el ama tenía que sufrir un poco con él. Nada le agradaba y se mortificaba a sí mismo, al mismo tiempo que a ella, con sus perpetuas quejas.

—Pensé que le molestaría a usted, señor. Ella ha estado pidiendo todos los días venir a ver a usted. La traeré al momento.

Milly apareció bien pronto, con un delantal limpio y la cara radiante de alegría. Subiéndose en la butaca que estaba junto a la cama, acarició la mano que su tío le alargó, y dijo:

—Dice el ama que puedo estarme aquí con usted. ¡Qué bien! ¿Puedo dar a usted las medicinas y ser su enfermera?

—No puedo prometerte tanto, pero puedes sentarte ahí y hablarme.

—¿De qué quiere usted que le hable?

—De lo que tú quieras; nunca te falta tema.

Milly pensó unos instantes.

—Como he hablado con tan pocos estos días, no sé qué decir. Generalmente, hablo más que con nadie, con Canelo. El me entiende, estoy segura, pero no puede contestarme. ¿Cuándo estará usted bien del todo, tío?

—No antes de Navidad, me temo.

—¡Ay de mí! ¡Cuánto tiempo! Pero me alegro mucho de que Dios le ha puesto a usted mejor. El ama dice que fué una misericordia no se rompiera usted la cabeza. ¿Sabe usted, tío, que ayer por la mañana vi una cosa muy triste? Estaba con Canelo en el plantío de los pinos, y nos encontramos con un pobre conejito cojido en una trampa de acero. Maxwell dijo que un cazador furtivo la había puesto, y se enfadó mucho. El conejo estaba muerto y tenía rotas las dos patas traseras. ¿No era eso terrible? ¿Qué es un cazador furtivo, tío?

—Un ladrón; un hombre que roba caza que pertenece a alguien.

—Maxwell dice que hay muchos de esos por aquí. Yo temo que cuando Tomás vuelva, lo tome por uno de esos. Espero que tendrá cuidado; pero si es de noche, podría equivocarse. ¿No sería terrible que hiciese daño a su

propio hijo? Y supongo que Tomás se parecerá mucho a un cazador furtivo; porque de seguro que vendrá harapiento. Si yo fuera.....

Milly se quedó callada unos minutos, mirando al aire con ojos de ensueño.

—Bien, ¿y qué?—preguntó el tío, mirando con intérés a su sobrinita, sentada en la butaca, con los codos apoyados en las rodillas y la barba en las manos;—¿te has quedado en Babia?

—Estaba pensando que sí yo fuera un hijo pródigo... de verdad, no jugando, como a veces juego..., querría mejor ser hijo pródigo de Dios que de ningún otro.

—¿Por qué?

—Porque así estaría segura de que saldría a encontrarme y me recibiría bien. El ama me contó de un primo suyo que se escapó de su casa y se metió a soldado, y cuando se arrepintió y quiso volver a casa, su padre le dió con la puerta en las narices y no quiso recibirlo. Y luego, ahí tiene usted a Tomás. Siempre me figuro que su padre no lo va a conocer. Pero Dios no puede equivocarse. Debe ser hermoso correr a los brazos de Dios, y oirle decir: «Sacad el principal vestido y vestidle.» Me gustaría que me dijera eso a mí.

El gozo le salía a la cara al pensar en esto, y volvió sus expresivos ojos hacia su tío, que la escuchaba con pensativa actitud.

—Y suponte que Dios no quisiera recibirte; suponte que habías estado lejos mucho tiempo, sin hacer caso de su voz cuando te llamaba, y después cuando querías volver comprendías que ya era tarde, ¿qué harías entonces?

Milly sonrió.

—¿Cómo, tío? Nunca sería tarde para Dios, ¿verdad? Maxwell dice que se alegraría de ver a Tomás aunque viniera a media noche, y Dios no va a dejar fuera a uno de sus hijos pródigos. El los ama tanto, que mandó a su Hijo Jesús para que muriese por ellos. El no diría nunca que no los quiere recibir.

Don Eduardo no dijo más, y después de otra pausa, la niña prosiguió:

—El otro día le pregunté a la señora Maxwell si tenía preparada la mejor ropa para Tomás cuando volviera, y ella me llevó al cuarto de él, y abrió una cómoda, y me dijo que mirara dentro del cajón. Y allá estaba su traje de domingo, chaqueta, chaleco y pantalones, y un pañuelo de seda, y una corbata con rayas amarillas y encarnadas; y me dijo que allí tiene aquellas prendas desde hace nueve años, y todos los sábados saca la ropa y la cepilla. Cuando se escapó no se fué con la ropa mejor, ¿sabe usted? Se la dejó en casa. De modo que allí está preparada para cuando vuelva. Lo único que la señora Maxwell no tenía era el anillo.

—¿El qué?—preguntó Don Eduardo, divertido.

—El anillo—repitió Milly en serio.—Maxwell tendrá que decir: «Ponedle un anillo en su mano, y zapatos en sus pies.» La señora Maxwell tiene dispuestas un par de zapatillas. Yo no podía estar tranquila viendo que no había zapatos; así que buscamos y encontramos un par de zapatillas que le están algo pequeñas a Maxwell, y yo misma las puse en la cómoda. La señora Maxwell dice que él no querrá anillo, y que ella piensa que la gente de la Biblia vestía de otra manera; además, dice que Tomás era hijo de padres pobres; no es lo mismo que si fuera rico. Pero yo no sé; eso de que no tengan anillo para él, no me gusta. Tal vez usted tiene alguno que le gustaría darle. ¿No, tío?

Don Eduardo soltó una carcajada; pero notando después la expresión turbada de Milly, dijo:

—Espera a que Tomás vuelva, y entonces será ocasión de pensar en el anillo, aunque estoy conforme con lo que su madre dice, que no sería cosa tan adecuada.

—¿Y el cuadro que le regalé a usted, tío?—dijo Milly, cambiando de conversación y echando una mirada alrededor del cuarto.—¡Ah! Ya lo veo; ha mandado usted que lo pongan en la pared. Allí hace muy bien, y lo

puede usted ver desde la cama. ¿No le gusta a usted verlo? ¿No le da alegría?

—No puedo decir tanto como eso—respondió el conde, mirando al cuadrito en cuestión.—¿Por qué me ha de dar alegría?

—Porque es muy agradable pensar que está acercándose a su casa, después de haber estado lejos tanto tiempo. Quisiera saber si tuvo que andar mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo cree usted que necesita un hijo pródigo de Dios para volver a El, tío?

—Me parece que mucho tiempo—dijo el conde lentamente.

—Pero, ¿cuánto? ¿Dos días, o seis horas, o una semana?

—Será, tal vez, según el tiempo que hayan estado lejos de El.

—Es difícil de comprender eso—dijo Milly con aire muy perplejo,—porque Dios está en todas partes, ¿verdad? Yo hubiera pensado que lo tenían a mano a cualquier hora. El otro día le pregunté sobre esto al ama, y ella me dijo que Dios estaba siempre cerca de ellos, pero que ellos no querían decirle nada, y hacían el mal y cerraban la puerta de su corazón al Señor Jesucristo, y se la abrían al diablo, y por eso Dios tenía que dejarlos hasta que se arrepintieran. Supongo que en el momento en que dicen: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de

ser llamado tu hijo», Dios los recibe en sus brazos y los perdona, ¿no es así?

—Mira, me parece que ya hemos hablado bastante de este asunto. Habla de alguna otra cosa—dijo el conde con tono irritable.

La locuaz lengua de Milly obedeció.

—Dice el ama que hace tanto frío hoy, que le parece que va a nevar. ¿Cree usted que nevará? Hay mucho humo por el río; el ama dice que eso es niebla. ¿De dónde vendrá la niebla? ¿Cree usted que pueda ser el aliento de Dios, tío?

Así estaba charlando, cuando se oyó un golpe a la puerta y apareció un visitante.

—He venido a verte, porque oí que estabas enfermo. ¡Santo cielo! Has estado bastante mal, ¿no es cierto? ¿Quieres que pase dos o tres días contigo? Supongo que te hace falta un poco de compañía animada.

Al decir esto, el comandante Lowell, pues él era, se acercó al lecho del enfermo y observó con verdadero sentimiento el gran cambio que se había operado en su semblante.

—Me alegro mucho de verte por aquí—dijo Don Eduardo alargándole la mano.—Ven, y estate en casa todo el tiempo que quieras. Estoy hasta la coronilla de hacerme compañía a mí mismo.

—¿Y es esta la pequeña señorita que llegó tan inesperadamente cuando estuve aquí la

vez pasada?—preguntó el comandante Lowell, echando una mirada a Milly, que seguía sentada en la butaca, observando atentamente con sus grandes ojos al recién llegado.

—Sí—contestó el enfermo, sonriendo débilmente al recordar el horror que había sentido a la llegada de su sobrinita,—esta tarde me está cuidando.

Milly alargó su manita al visitante con toda la gracia de una duquesa.

—Me acuerdo de usted—dijo la niña.—Usted era uno de aquellos caballeros que se rieron de mí.

—No me creo capaz de haber cometido tal descortesía.

—Ahora puedes marcharte—dijo Don Eduardo,—y dile al ama que yo tocaré el timbre cuando la necesite.

Milly obedeció, y dijo en confianza al ama que esperaba que el «nuevo caballero» no vendría a privarla de hacer compañía a su tío.

—¿Sabe usted, ama, que el tío Eduardo me gusta mucho más ahora que está enfermo? ¡Parece tan triste, y habla tan bajito! Quisiera poder hacerle compañía todos los días.

El comandante Lowell era primo lejano de Don Eduardo, y entre ambos reinaba una cordial amistad. El mismo tono alegre de su voz parecía hacer bien al enfermo, y Milly descubrió con grata sorpresa que el amigo de su

tío, no sólo escuchaba con interés lo que ella le decía de sus juegos y pasatiempos, sino que la acompañaba a veces en ellos, y las paredes de la vieja casa resonaron con risas y carcajadas que no se habían oído allí hacía muchos años.

En la alcoba, el comandante Lowell se transformaba en habilísimo y paciente enfermero; pero había ocasiones en que, con todo su buen humor no podía hacer desaparecer las arrugas de la frente del enfermo ni el tono irritable de su voz.

Una mañana, después de una conversación con él, salió del cuarto con aire de preocupación. Encontrando a Milly en el vestíbulo, vestida con abrigo y sombrero, le preguntó:

—¿Vas a salir con el ama?

—No, el ama está ocupada. Voy sola con Canelo al jardín. Venga usted conmigo.

El comandante consintió, pero con la cara más seria que de ordinario; y después de haber estado un rato pensativo y silencioso, dijo de pronto a la niña:

—Me parece que tu tío tiene alguna preocupación. Por ciertas cosas que ha dejado escapar, me hace la impresión de que está volviéndose piadoso.

—Y ¿qué es ser piadoso?—preguntó Milly.

—¿Qué es? Las personas piadosas son las que piensan que todo el mundo es malo menos ellos, y condenan a todos los que les rodean y todo lo que ven. Son gente muy desagradable, mujercita; conque no te dejes llevar por ese camino; y lo peor es que están tan satisfechos de su bondad, que no hay quien los saque de su tontería, por mucho que se esfuerce uno para conseguirlo.

—¿Y va el tío Eduardo a ser como esa gente?—preguntó Milly con expresión consternada.

—Espero sinceramente que no. Haré cuanto pueda para evitarlo.

—¿Y qué es lo que hace la gente piadosa? —preguntó Milly

—¿Lo que hacen? dar tratados y cantar himnos y leer Biblias muy bien encuadernadas, poniendo la cara muy larga.

—Pues a mí me gusta cantar himnos—respondió Milly con mucha firmeza;—todos cantan himnos a Dios, ¿no es verdad? A veces escucho a los pájaros, y me gustaría cantar como ellos; y los árboles también cantan, y las abejas y las moscas. Todo parece que canta cuando viene el verano, pero ahora casi todo está dormido. ¿Qué himnos canta usted, comandante Lowell?

—¡Vaya con la niña! ¿Por quién me has tomado?—contestó el comandante riendo alegremente; y después, con un guiño, añadió gravemente:—Voy a pensar que tú eres pia-

dosa, si te descuidas. ¿Qué haces tú además de cantar himnos?

—Pues tengo una Biblia—dijo solemnemente Milly—y la quiero muchísimo.

—¿Y cómo puedes querer un libro tan seco como la Biblia? No puedes entender ni una palabra de él.

—Sí que puedo, Sr. Lowell; y es hermoso. Me gusta mucho cuando el ama me lo lee. Habla de Jesús, ¿sabe usted?, y yo amo a Jesús y él me ama a mí. ¡Y tiene unas historias tan bonitas!

El comandante Lowell dió un silbido.

—¡Tá, tá!—dijo, sacudiendo la cabeza burlonamente hacia la pequeña que caminaba a su lado.—Me temo que hemos descubierto la causa de todo. ¿Lees tú la Biblia a tu tío? ¿Le dices que ha estado malgastando su vida sin cumplir el fin para el cual fué creado; en resumidas cuentas, que es un pecador malvado? Porque eso viene a ser la substancia de lo que me ha dicho esta mañana.

—El tío Eduardo es un hombre muy bueno —dijo Milly con calor.—No entiendo lo que usted me dice, Sr. Lowell. ¿No lee usted la Biblia?

—¿Qué pensarás de mí si te digo que no?

—Que tal vez será que se la sabe usted ya de memoria. ¿No es eso?

—Me figuro que no. No vayas a catequizarme muy severamente. ¿Quién te ha educado de esta manera tan piadosa?

—Yo no soy piadosa; usted ha dicho que la gente piadosa era horrible. Pero yo pensaba que todas las personas mayores leían la Biblia, menos la gente como Santiago.

—¿Quién es Santiago?

—Un hijo pródigo, uno de los hijos pródigos de Dios.

—¿Y qué son esos? ¿Se puede saber?

Milly se quedó parada un minuto, y levantando después sus grandes ojos hacia la cara del comandante, dijo muy solemnemente:

—¿Si será usted un hijo pródigo? El tío Eduardo, dijo que los había ricos también. ¿Se ha escapado usted de Dios, Sr. Lowell?

—¡Vamos, vamos!—dijo el comandante, pellizcándola cariñosamente en un carrillo.—No contaba yo con esto cuando salí de casa contigo. Tendrás que guardar tus sermoncitos para otros. Ven conmigo al establo y te pasearé a caballo.

La gravedad de Milly desapareció al instante, y poco después reía alegremente, mientras el comandante Lowell la llevaba alrededor del patio de la cuadra montada en una yegua baya; pero cuando volvió a casa dijo al ama:

—El comandante Lowell es muy amable, pero muy burlón, y a veces dice cosas que no entiendo.

CAPÍTULO VIII

«Y LEVANTÁNDOSE, VINO A SU PADRE»

El comandante Lowell pasó una semana en la casa, y su compañía hizo bien al conde, por lo menos en cuanto a su salud corporal. Interiormente continuaba desgraciado, y la influencia de su primo no era la más a propósito para aliviarle.

—Ahora, amigo, date prisa a ponerte bien, y no te lamentes de tu situación y de tus sentimientos. Ven a mi casa a pasar las Navidades; ¿lo harás? Te estás volviendo melancólico de tanto estar solo.

Con estas palabras se despidió el comandante, y el conde respondió:

—No, gracias; prefiero quedarme en casa para Navidad. Además de que dudo mucho de que pueda salir de mi cuarto para esa fecha. Estoy tan débil como un niño.

Una semana antes de Navidad Don Eduardo estaba ya sentado en su butaca en el estudio, y, aunque enfermo aún, hacía grandes progresos en su restablecimiento. Estaba junto al

fuego, repasando un artículo que acababa de escribir, cuando llamaron a la puerta, y un momento después apareció su sobrinita, toda sonrojada y sin aliento, con un manojo de acebo entre las manos.

—¡Tío Eduardo, que ha venido!

—¿Quién ha venido?

—Tomás, ha venido, de veras. Me lo ha dicho ahora mismo Ford; y a él se lo ha dicho Harris, y a Harris se lo ha dicho Maxwell mismo. Dice que dijo: «Mi chico ha venido; díselo a la señorita.» Y Ford dice que Harris dijo que «parecía que iba a bailar de puro contento.» ¡Tío Eduardo! ¿Me permite usted ir? El ama dice que es muy tarde, pero yo quiero estar con ellos. ¡Hay tantas cosas que hacer ahora que ha venido! Tío Eduardo, ¿les permitirá usted que maten una de las vacas de la granja? Porque creo que no hay ningún becerro grueso. ¿Puedo ir a decirles que usted se lo permite? ¿Me deja usted ir?

—De ningún modo; es demasiado tarde para que vayas allá; es ya casi de noche; y en cuanto a que dispongan así de mi ganado, no hay que soñar siquiera en que yo lo permita.

Los ojos de Milly se llenaron de lágrimas, a pesar de sus esfuerzos para evitarlo; cuando su tío hablaba en aquel tono, ella sabía que era inútil insistir.

—Tendrán la fiesta sin estar yo—dijo sollo-

zando.—La señora Maxwell dijo que yo estaría cuando la hicieran, y estoy deseando ver a Tomás.

—Si la señora Maxwell te prometió eso, aplazarán la fiesta para mañana—dijo el tío en tono más suave.—Y ahora sé una mujercita sensata y espera con paciencia hasta mañana. Puedes estar segura de que sus padres querrán estar solos con él la primera noche. Anda, vete, que no quiero que me interrumpan.

La pobre Milly salió del estudio muy alicaída, y poco después estaba en el felpudo delante de la chimenea de su cuarto de jugar, abrazando a Canelo y contándole todo lo sucedido. Tenía el pensamiento tan ocupado con el asunto, que tardó en dormirse mucho más de lo acostumbrado. Lo último que dijo antes de quedarse dormida fué:

—¿Quién hará la sinfonía y las danzas?

A la mañana siguiente, tan pronto como acabó de desayunarse, consiguió permiso del ama para bajar a la casita del guarda, acompañada de Sara, la doncella. Estuvo allá toda la mañana, y a la una vino un recado de la señora Maxwell pidiendo que la dejaran comer con ellos. De modo que no volvió hasta las cuatro de la tarde, y entonces, colorada y excitada, echó en los oídos del ama un largo relato de todo lo que había visto y hecho.

—Ven, querida, no hables más—dijo por fin el ama.—Tengo que aviarte un poco, porque el conde me ha dicho que te enviara por un rato a su cuarto cuando vinieras.

Anochecía ya cuando Milly entró en el estudio; pero el resplandor del brillante fuego que ardía en la chimenea le dejó ver la figura de su tío, que estaba sentado en su butaca en actitud meditativa.

—Bien—dijo, volviendo la vista hacia la niña.—¿Dónde has estado todo el día? En casa de Maxwell, supongo.

—Sí—dijo Milly,—yo se lo contaré a usted todo, si quiere. ¿Puedo sentarme cómodamente antes?

Y después de un momento de vacilación, se subió en una butaca que estaba enfrente de la de su tío, haciendo un cuadro precioso al descansar su rizada cabellera en el cojín.

—Charlemos un rato, tío. Eso dice Maxwell que hacemos la señora Maxwell y yo cuando hablamos junto al fuego. ¿Quiere usted que le cuente lo de Tomás?

—Puedes empezar—contestó el tío, a quien hacía gracia el tono de la niña.

—Pues bien; esta mañana fuí al bosque corriendo a todo correr y Sara corría detrás de mí, y la señora Maxwell, que me vió llegar, salió también corriendo a la puerta. Yo estaba sin aliento y ella me aquietó un poco, y nos

besamos, y lloró un poquillo. Después me llevó a ver a Tomás, que estaba en la cocina almorzando, vestido con uno de los chaquetones de Maxwell. Se levantó cuando me vió; es un hombre alto y guapo, tío, pero me parece que le hace falta que le corten el pelo. Nos dimos la mano, y yo le dije que le había estado esperando por mucho tiempo; él parecía algo vergonzoso, pero cuando acabó de almorzar tuvimos una buena conversación, mientras la señora Maxwell andaba preparando la comida. Me contó todo lo que le había sucedido desde el principio, pero algunas cosas se me han olvidado. Nunca guardó puercos, pero sí ovejas en América, adonde se fué; y después fué del ferrocarril, y después tuvo fiebre, y después se juntó con malas compañías, y por fin vino a Londres y se metió a conductor de ómnibus, y luego a cochero; y después bebió mucha cerveza y gastó todo el dinero que tenía, y estaba tan avergonzado, que no quería escribir a su casa; y después rompió el coche contra un farol, y volvió a emborracharse.

—Bueno, no hace falta que me cuentes más de su mala conducta—dijo el tío.

—Pero, ¿usted ve, tío? El tenía que ser muy malo antes de volverse bueno, porque era un hijo pródigo; y ahora él lo siente. Dijo que nunca, nunca hubiese vuelto a casa hasta que

hubiera sido bueno; pero un día oyó a un hombre predicar un sermón en medio de la calle, un domingo por la noche, y se sintió molesto, y después le habló... Adivínelo, tío, ¿quién cree usted que fué?

Don Eduardo no pudo adivinarlo; así es que Milly siguió triunfante.

—Vaya, pues fué mi Santiago, y él empezó a hablarle, y le dijo que él había sido así también, y que ahora estaba buscando a un tal Tomás Maxwell. ¿No era sorprendente que fuera el mismo Tomás aquel con quien hablaba? Bueno, pues Tomás dijo que no tenía cara para presentarse en su casa hasta que fuese mejor; pero Santiago le contestó que no esperase un día más, porque su padre y su madre le esperaban; pero lo raro es que, aun así, Tomás esperó dos semanas enteras antes de decidirse a venir. ¿No cree usted que fué muy tonto, tío?

—Muy tonto.

—No lo entiendo muy bien, pero el ama dice que hay mucha gente así, esperando a hacerse mejor para venir a casa, en vez de correr a ella como son. Ella dice que algunos de los hijos pródigos de Dios hacen esto. ¿Cree usted que lo hacen muchos, tío?

—Creo que sí.

—Y Tomás decía que, aunque sentía un deseo muy grande de ver su casa, tuvo que lu-

char mucho consigo mismo hasta que se decidió a venir. Yo no sabía que les costaba tanto trabajo a los hijos pródigos volver; al de la Bibla no le costó mucho trabajo, una vez que decidió hacerlo. Pues bien, por fin cogió el tren; siento que vino en el tren, pero el tío de Santiago fué quien le pagó el billete; me hubiera gustado más que hubiese venido corriendo todo el camino.

—¿Y por qué te hubiera gustado?—preguntó el tío sonriendo.

—Me parece que hubiera estado más natural—dijo la niña lentamente, con la mirada fija en el fuego. Yo siempre voy andando o corriendo todo el camino cuando juego al hijo pródigo. Empiezo despacio, porque me parece muy largo el camino, pero cuando voy llegando cerca apresuro el paso. Estoy deseando llegar a casa cuando la veo. El pródigo de la Biblia no tomó el tren, y me parece a mí que Tomás podía haber probado a pasarse sin tomarlo.

El tono de reproche con que dijo estas palabras hizo al tío soltar la carcajada.

—Me temo que Tomás te ha dado un gran chasco. ¿Tomó también un coche para venir de la estación?

—No, eso no. Llegó a casa por la tarde, y Maxwell, estaba a la puerta limpiando su escopeta cuando vió una sombra, levantó los

ojos y ¡era él! Me hubiera gustado estar allí; pero siento decir que Maxwell no se echó sobre su cuello ni le besó. Se lo pregunté a Tomás con mucho interés, y él me dijo que su padre le cogió las dos manos y se las apretó muy fuerte y dió un grito; y la señora Maxwell que estaba lavando en la cocina, cuando lo oyó se echó a temblar de tal manera, que apenas podía dar un paso. Lloró tanto cuando vió a Tomás, que Maxwell tuvo que darle golpecitos en la espalda y hacerle beber un vaso de agua; y Tomás se sentó en el banquito que hay a la puerta y dijo, estas fueron sus palabras: «No soy digno de venir a casa, padre. He deshonrado vuestro nombre»; y la señora Maxwell, según me contó Tomás, le cogió la cabeza entre sus manos y la atrajo hacia su hombro y le besó, y le dijo: «Hijo mío, ¿pues a quién habías de acudir, estando en desgracia y apuro, más que a tu padre y a tu madre?» Tomás me dijo cuando me lo contaba: «Casi me rompió el corazón, señorita», y entonces dió un fuerte sollozo, y yo empecé a llorar, y vino la señora Maxwell, con las manos blancas de harina, porque estaba haciendo un pastel de manzana, y también ella se echó a llorar, y todos lloramos; es decir, Tomás volvió la cabeza e hizo que no lloraba, pero yo le ví que lloró también.

Milly se detuvo para tomar aliento, mirando con ojos anhelantes las brillantes ascuas de la chimenea.

—Yo no sabía que los hijos pródigos estaban tristes cuando volvían, pero Tomás parecía tan triste, que me entristeció a mí también. ¿Por qué cree usted que lloraría Tomás, tío?

El conde no respondió; estaba mirando soñolientamente al fuego, y algo del anhelo que había en la mirada de su sobrina parecía reflejarse en la suya. Después de un momento de pausa salió de su ensimismamiento.

—¿Eh, niña? ¿Qué ibas diciendo? ¿Has acabado ya tu historia?

—No, tío; falta mucho aún. ¿Está usted cansado? Dice el ama que no debo cansar a usted.

Don Eduardo rió, aunque no alegremente.

—Acaba tu historia de todos modos, mujercita—dijo. Y Milly prosiguió:

—Todos nos alegramos cuando la señora Maxwell me pidió que me quedara a comer. Yo le pregunté si era la fiesta, y ella dijo que sí. Tenía una pierna de cerdo asada en el horno, con un relleno y una salsa muy rica. Maxwell llegó a tiempo, y parecía tan contento, y todos nos sentamos a la mesa; pero antes de empezar, yo pedí a Maxwell que dijera: «Comamos y hagamos fiesta, porque este mi hijo, muerto era, y ha revivido; habíase perdi-

do, y es hallado.» El cruzó las manos y lo dijo como una oración, y la señora Maxwell dijo: «Amén», y se limpió los ojos con el delantal. Yo les dije que debíamos estar todos muy contentos, pero temo que Tomás no lo estaba. No hacía más que mirar a su madre, y después alrededor de la cocina, y después a su padre, y después suspiraba. Decía que no podía creer que estaba en su casa, pero él me dijo después, cuando estuvimos solos, que, realmente, estaba muy contento, sólo que suspiraba y parecía triste porque pensaba qué necio había sido de no haber vuelto antes. Una cosa sentía yo, tío: que no tenía el traje mejor, porque todo le estaba pequeño; pero Maxwell dijo que le comprará uno nuevo mañana. Y Tomás me dijo que no se pondría un anillo aunque lo tuviera. Me preguntó que por qué se lo había de poner, y yo le conté lo del hijo pródigo de la Biblia, que le gustó oirlo, y dijo que se parecía mucho a él. Yo, entonces, pregunté acerca de la música y las danzas, y la señora Maxwell dijo que teníamos música en el corazón. ¿Cómo podemos tener eso, tío? Yo, por más que me estuve muy callada para ver si oía algo en el mío, no la oí.

—Querría decir que estabais todos tan contentos, que no hacía falta música para alegraros más.

—Yo estaba muy contenta. Oh, tío Eduardo, ¿por qué no volverán a su casa todos los hijos pródigos? No comprendo por qué prefieren estar lejos. ¡Es tan agradable pensar ahora lo bien que estará Tomás! ¡Y todos tan contentos!

—Es que no todos los jóvenes tienen padres tan cariñosos como los de tu amigo Tomás—dijo gravemente el conde.

—¿No? Pero los hijos pródigos de Dios no podrán tener un padre mejor. Algunas veces pienso en ellos cuando estoy despierta en la cama, y le hablo a Dios de ellos. ¡Me alegré tanto cuando Santiago volvió a El! Creo que lo peor de todo es que estén lejos de Dios, queriéndolos Dios tanto. Será que no saben si Dios los recibirá o no. Tomás tenía algún temor de que su padre estaría enojado con él. Me gustaría ver un hijo pródigo corriendo a los brazos de Dios. Pero me figuro que lo harán muy calladamente, y que sólo los ángeles lo verán.

—¿Y qué va a hacer ese tunante ahora? ¿Va a vivir a costa de sus padres, o va a tratar de trabajar honradamente?

Don Eduardo hablaba con tono algo impaciente. Milly levantó la vista sorprendida.

—¿Quién dice usted, tío? ¿Tomás? ¿Está usted enfadado con él? Me dijo que iba a buscar trabajo sin perder tiempo, y Maxwell va a

venir a hablar con usted mañana acerca de él.

—¡Ah! Ya caigo. Querrá que lo emplee de guarda auxiliar—dijo el conde, expresando su desagrado con un disimulado gruñido.

CAPÍTULO IX

UN NIÑO LOS PASTOREARÁ

Cuando Don Eduardo se retiró aquella noche a su cuarto, se paseó arriba y abajo un buen rato delante del cuadro que su sobrinita le había dado. Tenía la frente arrugada y estaba profundamente pensativo.

—Estoy deseando tener paz—murmuró.—¿Por qué no he de tomar la determinación de buscarla? Me levantaré... ¡ay! Parece fácil decirlo, pero es difícil y amargo para uno que ha dejado el buen camino. ¡Cómo me hiere la niña algunas veces, y qué poco sabe ella de mi pasado!

Se detuvo y miró al cuadro.

—Y el mismo Señor usó esto como una ilustración. Yo no podría desear nada más contundente.

Lanzó un profundo suspiro, y entonces elevó al cielo este lamento de su corazón.

—¡Dios tenga piedad de mí, y me haga volver, porque yo mismo no puedo volverme!

La mañana siguiente, Don Eduardo recibió la visita del guarda, que vino con su hijo, y cuando el alto y robusto mozo, en sentidas y humildes frases, pidió que se le diese una oportunidad de rehabilitarse, con un empleo en la hacienda, la severidad del conde desapareció, y después de una larga conversación con él, le prometió que le daría lo que pedía.

Don Eduardo sonrió tristemente, cuando padre e hijo se hubieron despedido con calurosas frases de gratitud.

—¡De modo que ése es el héroe de la niña! Uno cuyo ejemplo haré bien en seguir. El ha tenido al fin valor para dar el paso que yo aún temo dar. ¿Por qué he de temer que mi bienvenida al hogar sea menos cariñosa y reconciliadora que la suya?

Era la víspera de Navidad; un día triste y tormentoso; el viento rugía sin cesar, y bramaba chimeneas abajo, mientras las ramas de los árboles golpeaban con furia los cristales de las ventanas.

Milly había estado muy ocupada durante algunas horas, ayudando a Ford a decorar el salón y demás habitaciones con acebo y ramas verdes, aunque Ford de cuando en cuando le decía:

—Mire, señorita Milly, estoy seguro que estamos haciendo demasiado. Si la casa estuviese llena de convidados, yo estaría orgulloso de hacerlo; pero creo que el señor no se fijará en

esto. Me parece que últimamente está cada vez más y más abstraído. Vamos a pasar una Navidad aburrida.

Por fin, todo estaba terminado, y Milly subió a su cuarto, se asomó a la ventana, y sus alegres ojos castaños escudriñaron con interés la escena que se desarrollaba en el exterior.

—Esto es un perfecto huracán—dijo el ama, que estaba cómodamente sentada en una butaca, con su labor, al lado del fuego. Si en tierra firme pasa esto, ¿qué no será en el mar?

—Me gustaría estar en el mar—dijo Milly.—A mí me gusta el viento; pero creo que es demasiado fuerte esta tarde. Temo que va a hacer daño a los arbolitos. Ha dicho Ford que si yo saliese me volaría. ¿Cree usted, ama, que si el viento fuese muy fuerte podría llevarme al cielo?

—Temo que no—dijo el ama gravemente,—y nosotros no podríamos pasarnos sin ti, querida mía. Tampoco tú querrías dejar tan pronto el mundo.

—A veces creo que sí, y a veces que no. A mí me gustaría volar allí para pasar un día, y luego volver a bajar. ¡Oh, ama, Goliat está chillando y crujiendo tanto!... Quisiera que el viento lo tirase. Es un árbol horrible. Me figuro que siempre se está burlando de mí cuando paso cerca de él. ¡Qué bueno sería verlo caer!

—No debes desear eso—dijo el ama, levantándose y yendo hacia la puerta.—Es una cosa muy peligrosa que un árbol viejo se caiga. Voy a bajar un momento; así que sé buena, y no vayas a hacer una travesura mientras estoy fuera.

Milly permaneció unos momentos en la ventana después que el ama hubo salido. Pronto se fijó en un miserable gatito que mayaba lastimosamente al mismo tiempo que trataba en vano de sustraerse a los violentos embites del huracán arrimándose al árbol.

Un momento más y sin pensar en las consecuencias, corrió a la puerta de su cuarto y bajó rápidamente las anchas escaleras de roble.

—¡Pobre gatita! Voy a meterla corriendo en casa. Creo que se ha escapado de la cocina.

Don Eduardo estaba escribiendo en la mesa de su despacho, cuando un terrible silbido del viento le hizo levantar los ojos y mirar fuera de la ventana. Sorprendido, vió que allí, bajo el viejo roble del jardín, estaba su sobrinita, con los dorados rizos flotando, y luchando con los elementos, en vano esforzándose por detenerse y coger la gatita en sus brazos.

Se levantó de su asiento, pero al mismo tiempo el vendaval hizo temblar la casa; un terrible crujido se oyó, y horrorizado vió que un enorme brazo del viejo roble se desprendía y venía al suelo con estrépido aterrador,

cayendo en el mismo sitio donde estaba su sobrinita.

—¡Dios mío, sálvala!—fué su grito de angustia al ver a la pequeña vacilar y caer. Entonces, olvidando su debilidad y falta de fuerzas físicas, corrió fuera de la casa, y en un instante estaba a su lado.

Su primer pensamiento fué de inmensa gratitud al ver que la rama al caer no había podido más que rozarla, puesto que ella estaba tendida en tierra a su lado; pero cuando hubo levantado el cuerpecito inmóvil, y notó un cardenal en la frente que se hinchaba con rapidez, se entristeció sobremanera. No tardó mucho en llevarla a la casa, encontrando en la puerta al ama, quien no perdió el tiempo en vanos lamentos, sino que trató en seguida de hacer volver en sí a la pequeña. Sus esfuerzos tuvieron pronto éxito. Milly sólo estaba atolondrada, aunque había escapado milagrosamente. Si el golpe hubiera sido una pulgada más cerca de la sien, hubiera sido fatal. La pobre niña estaba más asustada que herida; así que cuando un momento después su tío la tomó en sus brazos con inusitada ternura, se asió fuertemente a él y rompió en amargos sollozos.

—¡Cuídame mucho, tío! ¡Ese terrible Goliat! ¡Quiso matarme, sí! Yo le vi venir encima de mí, pero Dios me salvó a tiempo, ¿verdad?

Cuando el chichón estuvo curado, todavía Don Eduardo la retuvo en sus rodillas, y después que el ama salió de la habitación y la pequeña apoyó su cabeza en su hombro en actitud abatida, él hizo lo que nunca había hecho todavía, inclinarse sobre ella y besarla, diciendo:

—Has estado muy cerca de la muerte esta tarde, pequeña mía, y mal podría yo haberme pasado sin ti.

Milly elevó a él sus grandes ojos obscuros.

—Si yo hubiese muerto, ¿hubiera ido directamente a Dios, verdad?

—Sí, querida.

—Eso me hubiera gustado; pero supongo que El aún no me quiere allí; si no, hubiera enviado por mí.

Cuando ella bajó al comedor con su tío aquella noche, tenía la carita muy triste.

—Tío Eduardo, ¿ha oído usted a quién mató Goliat?

—¿Te refieres al árbol que te cayó encima? Espero que no hirió a nadie más—dijo el conde un poco alarmado.

—La mató; completamente muerta y aplastada, dice el ama. Fué a la pobre gatita, tío, la que yo fuí a buscar.

Los ojos castaños estaban llenos de lágrimas, y Milly no pudo entender por qué Sir Eduardo sonrió.

—¡Solamente una gatita! Bueno; eso es muy triste, creo yo; pero hay muchas gatitas por aquí.

—Pero tío, yo he estado pensando tanto acerca de ésta... Ford dice que se había escapado de la cuadra. Me parece que iba a ser una gatita pródiga, quizás, y ahora ella no podrá escaparse más. ¡Es tan triste esto! Y creo que es triste, porque a nadie le importa, ni siquiera al ama. Ella dice que prefiere que haya sido la gatita y no yo. ¡Pobre gatita; su madre la echará tanto de menos esta noche! ¿Quién cree usted que la mató, tío, el viento o Goliat? Yo creo que fué Goliat. Yo miré por la ventana antes de bajar. El viento ha cesado ahora, y parece que los árboles están llorando y sollozando juntos. Estoy segura que ellos han sentido lo de la gatita. Los pobres deben estar cansados, porque el viento los ha zarandeado mucho hoy. ¡Me hubiera gustado tanto llegar a tiempo para poder salvar a la pobre gatita!

—No hablemos más de ella—dijo alegremente el conde.—¿Has visto últimamente a Tomás?

Milly estaba siempre dispuesta a hablar de él.

—Ayer nos ayudó al ama y a mí a coger acebo en el bosque. A menudo hablo con él. Dice que es muy feliz, y que ésta será la mejor Navidad que ha pasado en su vida. Tío, quiero pedirle a usted una cosa. He estado pensando mucho acerca de ello: sólo que desde que me caí esta tarde he tenido tanto dolor de cabeza, que dejé de pensar. Pero ahora lo he vuelto a recordar. Es que mañana es el cumpleaños del Señor Jesús, y yo he preparado regalos para todos en la casa menos para El. El ama me ha ayudado algo. He hecho un cubre-tetera para el alma; un agujetero para la cocinera; he comprado un cortaplumas para Ford, un dedal para Sara, pañuelos para Maxwell y su señora y guantes de lana para Tomás. Y no tengo nada, no, nada para El. ¡Si yo supiera de algo que le gustase!

Calló, y sus ojos se enternecieron.

—He pensado—continuó—que quizás yo podría ponerle mi regalo en el pretil de mi ventana, y entonces, cuando todos estuviésemos dormidos y todo en silencio, El mandaría un ángel para que se lo llevase. Yo creo que El lo haría, porque sabe cuánto deseo darle un regalo. Pero yo no sé lo que darle. ¿No podría usted decírmelo, tío?

—Yo creo—dijo gravemente Don Eduardo—que la única manera de hacerle a El un regalo es darle algo a los pobres. El prefiere eso. Yo te daré esto, para que lo eches en la colecta en la iglesia.

Sir Eduardo se metió la mano en el bolsillo, y alargó a su sobrina una monedita de oro.

Pero Milly no estaba satisfecha.

—¿Esto es *su* regalo?—dijo algo descontenta.—¿Qué más le dará usted esta Navidad? ¿Es dinero lo único que usted puede darle, tío?

Don Eduardo echó atrás su silla, y se levantó de la mesa. Apenas podía contener sus sentimientos. Con el asunto que predominaba en su pensamiento, la pregunta de la niña repercutía en sus oídos; «¿Es dinero lo único que puede usted darle, tío?» Y como un rayo de luz salió la respuesta:

—No; puedo entregarle a El de nuevo mi alma y cuerpo, que tanto tiempo han estado en poder de su enemigo.

Después de unos minutos de silencio, dijo con voz tranquila:

—Vamos, pequeña, es hora de dormir; dime «Buenas noches», y corre con el ama.

Milly vino a él, y como él estaba de espaldas al fuego calentándose las manos, le agarró de la chaqueta con sus manitas, y, mirándole a la cara, le dijo:

—Tío Eduardo; usted me besó esta tarde como lo hubiera hecho mi padre. ¿Quiere usted darme otro beso?

Don Eduardo se fijó en la carita dulce que

le miraba suplicante, y entonces la levantó en sus brazos; pero al darle el anhelado beso, le dijo con cierto esfuerzo:

—Quiero que hagas una cosa esta noche, pequeña mía. Cuando hagas esta noche tus oraciones, pide que uno de los hijos pródigos de Dios pueda volver a El esta Navidad. Es uno que quiere volver. ¿Orarás por él?

—Sí, tío—respondió la niña suavemente.—¿Puede usted decirme su nombre?

—No; eso no puedo hacerlo.

Algo en su cara hizo que su sobrinita no preguntase más. Ella se marchó pronto, y entonces el conde se fué al salón de fumar y se sentó en una silla al lado del fuego. Las campanas de la iglesia del pueblo tocaban alegremente, y al mismo tiempo un pequeño grupo de cantores entonaba afuera en el camino la antigua y dulce historia de Navidad, que nadie puede oir sin conmoverse.

«Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para los hombres.»

El significado del amor de Dios pareció llenar su alma, y este versículo vino a su mente: «Con amor eterno te he amado; por tanto, te soporté con misericordia.»

¿No podía él descubrir en los acontecimientos de los últimos meses la mano de un Padre amoroso llamando amablemente al hogar a su hijo pródigo? Había sido herido, puesto en el

lecho del dolor, llegando al borde del valle de la sombra de muerte, y luego vuelto cariñosamente a la vida y la salud; la voz tierna y la vida de una niñita, conversando con él día por día, y esa vida salvada milagrosamente de un gran peligro; todo esto llenó su corazón del conocimiento de la misericordia y amor de Dios; y cuando el pasado volvió a su mente, y el tentador se le acercó otra vez con el antiguo tema: «Has vagado demasiado tiempo, has endurecido tu corazón y Dios ha cerrado sus oídos a tu llamamiento,» el conde, con la ayuda y poder del Divino Espíritu, pudo levantar la vista, y decir desde lo profundo de su corazón:

—Padre, he pecado contra el cielo y contra Ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.

La tarde siguiente estaba Don Eduardo sentado en su estudio, con la niña sobre sus rodillas, cuando dijo de repente:

—¿Sabes que he recibido hoy una carta acerca de ti?

—¿De quién?—preguntó Milly con interés.

—De mi hermana, tu tía, que está en Australia. Yo le escribí cuando tú viniste, y ella quiere llevarte allí y educarte con sus hijos. Dice que una amiga suya se encargará de ti, y te llevará a su casa el mes que viene. Tengo que hablar de esto al ama.

La niña asió fuertemente con sus manitas

la manga de la chaqueta de su tío, pero no dijo ni una sola palabra. El conde notó un ligero temblor de sus labios y un triste fulgor en sus dulces ojos castaños.

Esperó en silencio unos momentos, y luego dijo alegremente:

—¿No estarás contenta de poder jugar con un montón de niños y niñas, en vez de estar aquí sola con un viejo solitario?

La niña no dijo nada aún; pero de repente la rizada cabeza se dobló sobre su brazo, y empezaron a caer copiosas lágrimas.

El conde le levantó la carita.

—No debemos tener lágrimas el día de Navidad. ¿Qué te pasa? ¿No quieres ir?

—Supongo que debo ir—sollozó Milly.—Ford le dijo al ama, el día que yo vine, que usted odiaba a los niños. Yo siempre he estado pensando en esto; pero usted ha sido tan amable conmigo, que creí que él se había equivocado. Miss Kent no me quiso, y ahora usted no me quiere, y quizás mi tía tampoco me quiera cuando yo llegué allí. Yo quisiera que Dios me quisiese; pero temo que por ahora tampoco quiere tenerme. Dice el ama que El quiere que yo trabaje para El cuando yo sea mayor. Yo creo que soy igual que la pobre gatita de ayer, que nadie sintió que se hubiese muerto. Usted dijo que había muchas gatitas, ¿verdad?

—Yo no creo que haya en el mundo muchas niñas como tú—dijo Don Eduardo con voz conmovida;—ahora escucha, mujercita: he estado pensando sobre este asunto, y he decidido esta tarde que te quedes conmigo. He visto que te quiero a pesar de todo, y no puedo dejarte marchar. Vamos a secar esas lágrimas, y a hablar de otra cosa.

Y cuando los bracitos se enlazaron alrededor de su cuello, y una carita llena de lágrimas y sonrisas como el rocío de Abril miró a la suya, el «solterón empedernido» estrechó contra su corazón a la pequeñuela cuya existencia le había molestado y cargado tanto hacía pocos meses.

—Tío Eduardo—dijo ella un momento después;—¿sabe usted si aquel hijo pródigo de quien usted me habló anoche ha vuelto a Dios?

El conde guardó silencio unos momentos; entonces muy grave y solemnemente dijo:

—Creo que sí, pequeña mía. Este ha sido un día de Navidad muy feliz para él, y tú debes orar para que él no se avergüence de confesar a su Señor, que de una manera tan misericordiosa le ha vuelto al hogar, sirviéndose de uno de sus corderos.

FIN

INDICE

Páginas

CAPITULO I

Un legado poco agradecido 1

CAPITULO II

David y Goliat 8

CAPITULO III

El primer castigo 16

CAPITULO IV

La pena de la señora Maxwell 28

CAPITULO V

Un pródigo 37

CAPITULO VI

Una promesa cumplida 47

CAPITULO VII

Examen 60

CAPITULO VIII

Y levantándose, vino a su padre 72

CAPITULO IX

Un niño los pastoreará 84

BIOGRAFIAS Y NARRACIONES

Los hermanos españoles

POR DÉBORA ALCOCK

Interesante y conmovedora novela, cuya autora demuestra haber estudiado con cariño la historia de nuestros mártires. Ilustrada con dibujos de Mendez Bringa.

Precio: En rústica, 4,50 ptas; en cartoné, 5; en tela, 6

Raimundo Lulio, primer misionero entre los musulmanes

POR SAMUEL M. ZWEMER

La vida y obra del gran filósofo, poeta, místico y misionero mallorquín, que se adelantó a su siglo en la empresa de llevar el conocimiento de Cristo a los musulmanes. Con un prólogo de R. E. Speer y numerosas ilustraciones.

En rústica, 2,50 ptas.; en tela, 3,50 pesetas

David Livingstone, o Id por todo el mundo

Interesante biografía del gran misionero y explorador que abrió camino al Evangelio y a la civilización en Africa. 164 páginas, con ilustraciones y artística cubierta.

En rústica, 2,50 ptas.; en cartoné, 3; en tela, 4 pesetas

La reina blanca de Okoyong (María Slessor)

POR W. P. LIVINGSTONE

La vida de una misionera escocesa que transformó por completo una región salvaje del Africa. Con muchas ilustraciones.

En rústica, 2,50 ptas.; en cartoné, 3,50; en tela, 4 ptas.

HISTORIETAS PARA NIÑOS

Las buenas nuevas de Enrique

POR AMY LE FEUVRE

La historia de lo que hizo un Evangelio de San Marcos encontrado por un perro a las orillas del mar.

En rústica, cincuenta céntimos

El niño del bosque y su perro piloto

El cuento más interesante y provechoso para los niños; ha conquistado una popularidad inmensa. Con varias ilustraciones.

Precio: treinta céntimos

El niño del botón

POR AMY LE FEUVRE

El infantil protagonista, hijo de un bizarro militar, conserva como preciada reliquia de su padre un botón de su guerrera, el cual da motivo a incidentes muy originales. Con tres ilustraciones.

Precio: 1,25 pesetas

La primera oración de Carlota

POR HESBA STRETTON

La historia de una pobre niña que conmueve con su fe sencilla el corazóu de un viejo avaro y le hace entrar en una nueva vida. Profusamente ilustrado.

En rústica, cincuenta céntimos

SOCIEDAD DE PUBLICACIONES RELIGIOSAS
Flor Alta, 2 y 4, Madrid.